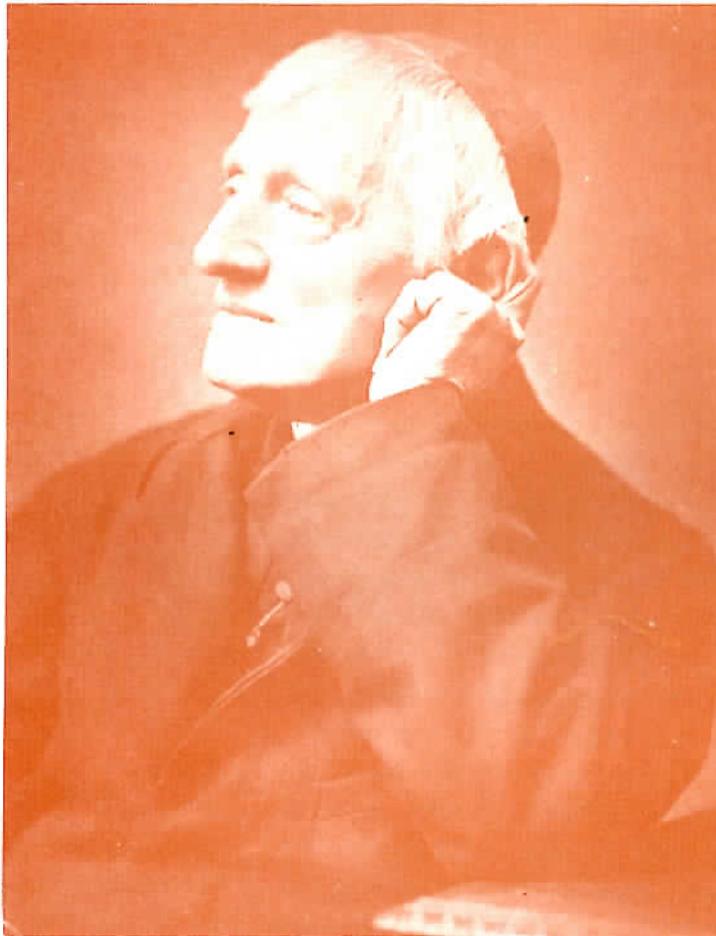


NEWMANIANA

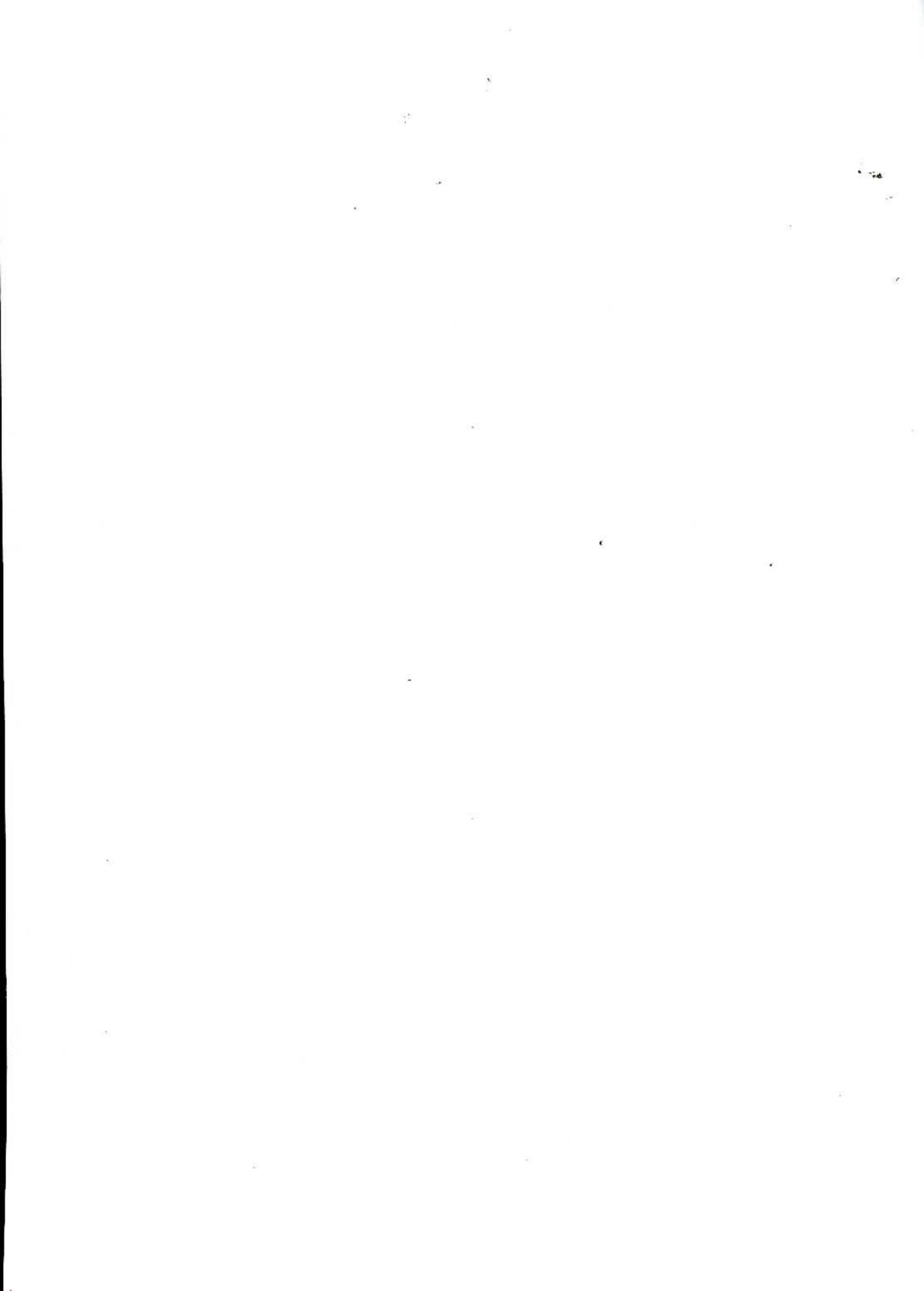
AÑO II - NUMERO 3

ABRIL 1992

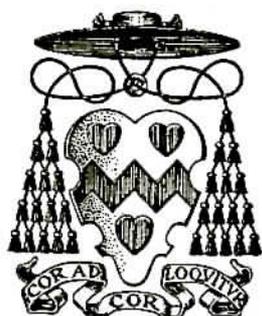


Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina



NEWMANIANA



Año II- N°3
Abril 1992

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Colaboradores

Pbro. Luis Duacastella

Enrique Cassagne

Dra. Inés de Cassagne

Dr. Carlos Chevallier Boutell

Lic. Pablo Marini

NEWMANIANA (ISSN 0327-5876)
es una publicación trimestral.

Registro Nacional de la Propiedad
Intelectual N° 237216.

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648)
Tigre - Pcia. de Buenos Aires -
República Argentina.

Películas: Gráfica Integral Mhils
S.R.L. - Rivadavia 1916, 1°A -
Capital Federal

Impresa en talleres de Impresiones
Avellaneda, Dr. Manuel Ocantos
253- (1870) Avellaneda

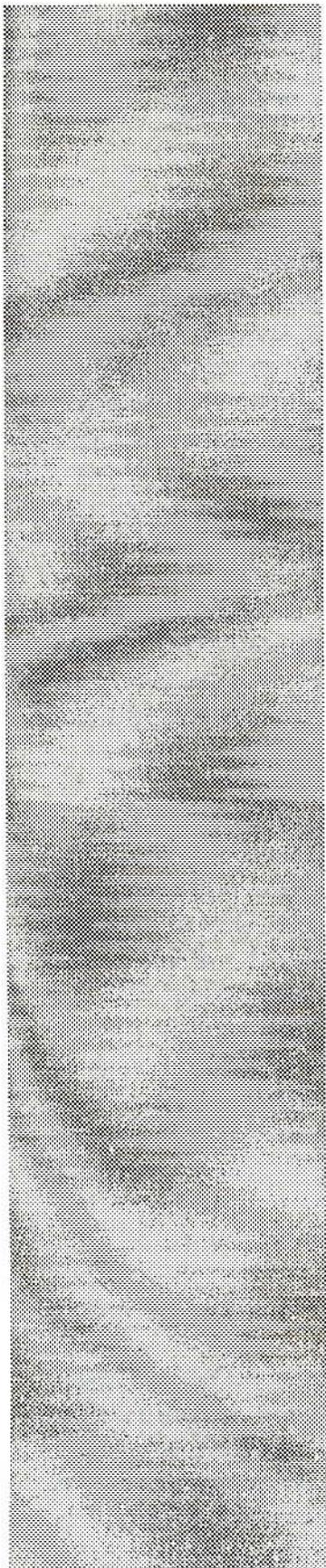
LAS FIESTAS PASCUALES

Queridos amigos: Este 3er. número de NEWMANIANA, estará llegando a ustedes en los días cercanos a la celebración más importante de la vida de la Iglesia: el Misterio Pascual de la Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Hemos querido incluir, por ello, uno de los Vía Crucis escritos por Newman, con la esperanza de que puedan servirse de él los días viernes del año, en los que la Iglesia nos pide recordar y meditar en la Pasión del Señor. Agradecemos nuevamente la correspondencia recibida y nos alegra ver crecer día a día el interés por la vida y los escritos del Cardenal.

Les pedimos rezar siempre por su pronta beatificación. Unido a nuestros deseos y fervientes oraciones para que tengan una Santa Cuaresma y una Feliz Pascua de Resurrección, van estas palabras de Newman, pronunciadas en su sermón del Domingo de Pascua de 1831:

Así es nuestro Salvador resucitado, en Sí mismo y para nosotros: concebido por el Espíritu Santo, santo desde el vientre materno, muerto pero sin pasar por la corrupción, resucitado al tercer día por Su propia vida. Exaltado como el Hijo de Dios y el Hijo del hombre, para resucitarnos tras El, y llenarnos incomprensiblemente con Su naturaleza inmortal, hasta llegar a ser como El, llenarnos con una vida espiritual que puede expeler el veneno del árbol del conocimiento y nos retorna a Dios. ¡Que maravillosa obra de la gracia! Si extraño fue que Adán fuera nuestra muerte, más extraño aún y verdaderamente una gracia fue que Dios mismo viniera a ser nuestra vida, por medio de ese humano tabernáculo que El mismo tomó para Sí.

¡Oh bendito día de la resurrección, que desde tiempos antiguos fue llamado la Reina de las Festividades, y despierta entre los cristianos una ansia y un contento de honrarla debidamente! ¡Bendito día, solamente una vez vivido en la aflicción, cuando al resucitar el Señor, los dis-



cípulos no creyeron, pero desde entonces y para siempre, día de gozo para la fe y el amor de la Iglesia! En los tiempos antiguos, los cristianos comenzaban este día con una salutación a la mañana. Cada uno decía a su vecino: «Cristo ha resucitado», y el vecino le respondía: «Verdaderamente ha resucitado, y se ha aparecido a Simón». Aun para Simón, el discípulo cobarde que lo negó tres veces, Cristo ha resucitado. Aún para nosotros, que hace tiempo juramos obedecerle, y que tantas veces le hemos negado delante de los hombres, tantas hemos participado del pecado, y hemos seguido al mundo, cuando Cristo nos llamaba a otro camino. «Cristo ha resucitado y se ha aparecido a Simón», a Simón Pedro el Apóstol predilecto, sobre quien está edificada la Iglesia. A él se apareció Cristo. Se apareció primero a Su santa Iglesia, y en Ella dispensa sus bendiciones, que el mundo no conoce. ¡Benditos aquellos que conozcan Su bendición, y que les sea permitido, como a nosotros, semana tras semana, Festividad tras Festividad, buscar y hallar en la Santa Iglesia, al Salvador de sus almas!

(“Christ, a quickening spirit”, Plain and Parochial Sermons, vol II, XIII, pp. 147-8; 3 de abril de 1831)

NOTA

Deseamos aclarar que en la sección TEXTOS del primer y segundo número de NEWMANIANA, hemos transcritto ambas selecciones, sobre los temas «Iglesia visible e invisible» y «Fe y razón», directamente de la publicación del **International Centre of Newman Friends**, «El misterio de la Iglesia», editado en Roma en 1981 en lengua castellana.

Agradecemos al International Centre of Newman Friends la posibilidad de hacer llegar a Uds. esta magnífica Antología.

Contenido

Editorial

Las fiestas pascuales

1

Espiritualidad

Meditaciones sobre las estaciones de la Cruz

4

Traducción Fernando M. Cavaller

Sermón

Las aventuras de la Fe

16

Traducción Luis Duacastella

Ensayos

La "coincidentia oppositorum" en el pensamiento y espiritualidad de John Henry Newman - primera parte

22

John F. Crosby (traducción de Enrique Cassagne)

Poesía

Veneración

27

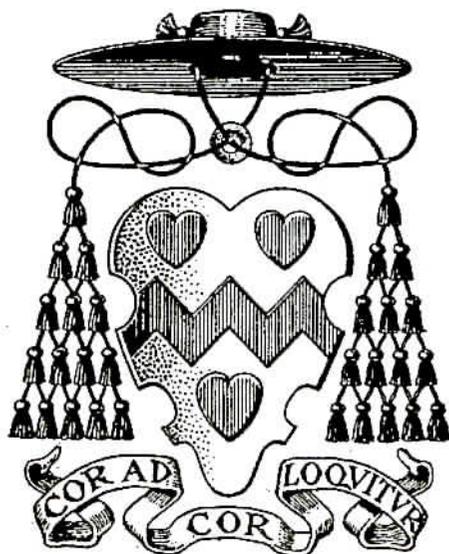
Traducción y comentario de Inés de Cassagne

Históricas

Newman y el Papa

28

Selección de Fernando Cavaller



MEDITACIONES SOBRE LAS ESTACIONES DE LA CRUZ (1860)

Empezar con un acto de contrición

PRIMERA ESTACION Jesús es condenado a muerte

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.



Dejando la casa de Caifás, y arrastrado ante Pilato y Herodes, burlado, golpeado y escupido, Su espalda desgarrada con azotes, Su cabeza coronada con espinas, Jesús, quien en el último día juzgará al mundo, es El mismo condenado por jueces injustos a una muerte de ignominia y tortura. Jesús es condenado a muerte. La orden de muerte es firmada, ¿y quién la firmó sino yo, cuando cometí mi primer pecado mortal? Mi primer pecado mortal, cuando perdí el estado de gracia en el cual Tu me pusiste por el bautismo, eso fue decretar Tu muerte. ¡Oh Señor! El inocente sufrió por el culpable. Aquellos pecados míos eran las voces que gritaban «crucifícale». Esa complacencia y deleite de corazón con los que los cometí eran el consentimiento que dió Pilato a la multitud clamorosa. y la dureza de corazón que siguió después, mi disgusto, mi desesperación, mi orgullo impaciente, mi obstinada decisión de seguir pecando, el amor al pecado que tomó posesión de mí. ¿Qué son estos sentimientos contrarios e impetuosos sino los golpes y las blasfemias con que los feroces soldados y el populacho Te recibieron, llevando así a cabo la sentencia que Pilato había pronunciado?

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V. Misericordia, Señor.

R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

SEGUNDA ESTACION

Jesús recibe Su Cruz

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Una fuerte, y por eso pesada Cruz, suficientemente fuerte para soportarlo a El cuando llegue al Calvario, es puesta sobre Sus hombros lastimados. El la recibe noble y mansamente, y más aún, con alegría de corazón. Pues es para la salvación de la humanidad. Es verdad, pero recordemos que esa pesada Cruz es la carga de nuestros pecados. Cuando cayó sobre su cuello y hombros, fue de golpe. ¡Oh, qué repentina y pesada carga he puesto sobre Tí, Jesús! Y, aunque en la calma y clara previsión de Tu mente, pues Tu ves todas las cosas, estabas plenamente preparado para ello, Tu delicado cuerpo vaciló bajo ese peso cuando cayó sobre Tí. ¡Ah, qué gran miseria es que yo haya levantado mi mano contra mi Dios!, ¡cómo podría alguna vez imaginar que me perdonaría!, si El mismo no nos hubiera dicho que sufriría su amarga pasión para poder perdonarnos. Reconozco, oh Jesús, en la angustia y agonía de mi corazón que mis pecados fueron los que Te pegaron en la cara, los que magullaron Tus brazos sagrados, los que desgarraron Tu carne con varas de hierro, los que Te clavaron en la Cruz y Te dejaron morir lentamente en ella.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V. Misericordia, Señor.

R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

TERCERA ESTACION

Jesús cae por primera vez bajo la Cruz

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús, agobiado bajo la carga y el tamaño de la pesada Cruz, que arrastraba tras El, se pone en camino entre las burlas e





insultos del gentío. Su agonía en el huerto era suficiente para dejarlo exhausto, pero fue sólo el primero de una multitud de sufrimientos. Se pone en marcha con todo su corazón, pero sus piernas fallan y cae. Sí, es como me temía. Jesús, el fuerte y poderoso Señor, ha encontrado por un momento nuestros pecados mas fuertes que El. Cae, pero soportó un instante la carga; se tambaleó, pero la levantó y caminó hacia adelante. ¿Qué es, pues, lo que le hace tomar camino? Lo digo y lo repito, es una intimación y una memoria de tí, alma mía, de tus caídas en el pecado mortal. Me arrepentí de los pecados de mi juventud y continué bien por un tiempo, pero a la larga vino una nueva tentación cuando no estaba en guardia, y repentinamente caí. Luego, todos mis buenos hábitos parecieron irse de una vez; eran como un vestido que se quita. Así se iba la gracia de mí, rápida y totalmente. Y en ese momento miré hacia mi Señor, ¡y he aquí que El había caído! Cubrí mi rostro con las manos y quedé en un estado de gran confusión.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V. Misericordia, Señor.

R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

CUARTA ESTACION

Jesús encuentra a Su Madre

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.



Jesús se levanta, y aunque herido por Su caída, prosigue Su camino con la Cruz aún sobre Sus hombros. Está encorvado hacia abajo. Pero en cierto lugar, al mirar hacia arriba, ve a Su Madre. Por un instante se vieron mutuamente, y El siguió adelante. María hubiera preferido tener ella misma todos Sus sufrimientos, de ser esto posible, que no haber conocido lo que eran dejando de estar junto a El. También El fue confortado, como por una calmante y gratificante brisa, al ver su triste sonrisa entre el espectáculo y los ruidos que había a Su alrededor. Ella había conocido Su belleza y Su gloria, con la lozania de la divina inocencia y la paz sobre Su semblante. Ahora le veía tan cambiado y deforme que raramente lo ha reconocido, salvo por la penetrante, conmovedora, pacificadora mirada que El le dirigió. Aún El estaba arrastrando la carga de los pecados del mundo y a pesar de que era santísimo, llevaba la imagen de ellos en Su verdadero rostro. Aparecía como algún desterrado o bandido que tuviera espantosos delitos. Fue

hecho pecado por nosotros, el que no conoció pecado; no un rasgo, no un miembro, sino la expresión misma del delito, de una maldición, del castigo, de la agonía. ¡Oh, qué encuentro del Hijo y la Madre! Aunque hubo un mutuo consuelo porque había una mutua compasión, ¿olvidarán Jesús y María Su-Tiempo de Pasión a través de toda la eternidad?

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V. Misericordia, Señor.

R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.



QUINTA ESTACION

Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la Cruz

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Al final Sus fuerzas fallan totalmente y es incapaz de proseguir. Los verdugos se quedan perplejos ¿Qué van a hacer? ¿Cómo llevarle hasta el Calvario? Pronto ven a un extraño que parece fuerte y activo: Simón de Cirene. Lo prenden y lo obligan a llevar la Cruz con Jesús. A la vista del sufriente se conmueve el corazón del hombre. ¡Oh, qué privilegio! ¡Oh alma feliz elegida por Dios! El toma la parte que le es asignada con alegría.

Esto vino por la intercesión de María. El oró, no por Sí mismo, excepto para poder beber el cáliz lleno de sufrimiento y hacer la voluntad de Su Padre; pero Ella se mostró a sí misma como madre siguiéndole con sus oraciones, ya que no podía ayudarle de otra manera. Luego, Ella envió este extraño a ayudarle. Fue Ella que hizo ver a los soldados que habían sido demasiado feroces con El. Dulce Madre, haz lo mismo por nosotros. Ora siempre por nosotros, Santa Madre de Dios, ora por nosotros, cualquiera sea nuestra cruz, mientras avanzamos por nuestro camino. Ruega por nosotros, y nos levantaremos nuevamente, aunque hallamos caído. Ruega por nosotros cuando el dolor, la ansiedad o la enfermedad nos llega. Ora por nosotros cuando estamos postrados bajo el poder de la tentación, y envíanos algún servidor tuyo a socorrernos. Y en el mundo venidero, si se halla mérito en expiar nuestros pecados en la ígnea prisión, envía algún buen Angel que nos de un tiempo de consuelo. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria

V. Misericordia, Señor. R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

SEXTA ESTACION Jesús y la Verónica



V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos
R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Mientras Jesús sube trabajosamente hacia el monte, cubierto del sudor de la muerte, una mujer se abre camino entre el gentío, y enjuga Su rostro con un paño. En premio a su piedad la tela retiene la impresión del Sagrado Rostro. El alivio que brindó la ternura de una Madre no es aún todo lo que Ella hizo. Sus ruegos enviaron a Verónica como lo habían hecho con Simón. Simón hizo el trabajo de un hombre, Verónica el de una mujer. La devota sierva de Jesús hizo lo que pudo. Como Magdalena había derramado el unguento en la Fiesta, así ahora Verónica le ofreció este paño en Su Pasión. "¡Ah,—dijo ella— si pudiera hacer más! ¿Por qué no tengo la fuerza de Simón para tomar parte en la carga de la Cruz? Pero los hombres solamente pueden servir al Gran Sumo Sacerdote, ahora que El está celebrando el solemne acto de sacrificio". ¡Oh Jesús!, déjanos a todos y cada uno ser Tus ministros de acuerdo a nuestros lugares y poderes. Y de la misma manera que Tu aceptaste el consuelo de Tus seguidores en Tu hora de desgracia, así también danos el sustento de Tu gracia cuando estemos duramente oprimidos por nuestro Enemigo. Siento que no puedo resistir la tentación, el cansancio, la desesperación y el pecado. Me digo a mí mismo: ¿cuál es el bien de ser religioso? Yo caeré, oh mi amado Salvador, ciertamente caeré, a menos que Tú renueves mi vigor como el del águila, e insuffles vida dentro mío por la aplicación calmante y el contacto de los Santos Sacramentos que Tú has señalado.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V. Misericordia, Señor.

R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.



SEPTIMA ESTACION Jesús cae por segunda vez

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos
R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

El dolor de Sus heridas y la creciente pérdida de sangre a cada paso de Su camino hacen fallar nuevamente Sus miembros

y cae al suelo. ¿Qué ha hecho para merecer esto? Esto es la recompensa recibida por el Mesías largamente esperado, del Pueblo elegido, de los Hijos de Israel. Se qué responder. El cae por que yo he caído. He caído otra vez. Sé bien que sin Tu gracia, Oh Señor, no puedo permanecer de pie; e imaginé que había permanecido estrechamente unido a Tus sacramentos; aunque a pesar de ir a Misa y cumplir con mis deberes, nuevamente no estoy en gracia. ¿Por qué es sino porque he perdido mi espíritu de devoción y he llegado a Tus sagrados ritos de una manera fría, formal, sin afecto interior. He venido a ser indiferente, tibio. Pensé que la batalla de la vida estaba ganada y me sentía seguro. No tenía una fe vivida y no veía las cosas espirituales. Venía a la iglesia por hábito y porque pensé que otros lo hacían. Debía ser una nueva creatura, vivir de la fe, la esperanza y la caridad. Pero pensaba más en este mundo que en el venidero. Y finalmente, olvidé que era un servidor de Dios y seguí el ancho camino que lleva a la destrucción, no la senda angosta que lleva a la vida. Y así caí de Tí.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V. Misericordia, Señor.

R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

OCTAVA ESTACION

Jesús conforta a las mujeres de Jerusalén

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

A la vista de los sufrimientos de Jesús las Santas Mujeres están conmovidas y apesadumbradas, tanto que lloran y se lamentan por El, sin importarles lo que pudiera ocurrirles por hacer eso. Jesús, dándose vuelta hacia ellas, les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos». ¡Ah!, puede ser, Oh Señor, que yo resulte ser uno de aquellos hijos llenos de pecado por quienes Tu pediste a sus madres que lloraran. «No lloréis por Mí -dijo- porque Yo soy el Cordero de Dios, y estoy haciendo expiación por Mí propia voluntad, por los pecados del mundo. Estoy sufriendo ahora, pero triunfaré, y cuando haya triunfado, aquellas almas por las cuales estoy muriendo, serán o mis más queridos amigos o mis más mortales enemigos». ¿Es posible? Oh, mi Señor, ¿puedo tener el terrible pensamiento de que Tú realmente lloraste por mí, por mí como lloraste por Jerusalén? ¿Es posible que yo esté perdido por Tu pasión y muerte, y no ganado por ella? Oh, no te apartes de mí. Estoy en un camino muy malo.



Hay mucho de malo en mí. Tengo tan poca seriedad y bravura de espíritu para oponerme a ese mal. Oh, Señor, ¿qué será de mí? Es tan difícil echar el Espíritu Malo de mi corazón. Tú sólo puedes eficazmente arrojarle fuera.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V. Misericordia, Señor.

R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

NOVENA ESTACION

Otra vez, por tercera vez, Jesús cae

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.



A hora, Jesús había casi alcanzado la cima del Calvario; pero antes de haber llegado al verdadero lugar donde sería crucificado, cae nuevamente y es otra vez arrastrado y llevado adelante por la brutal soldadesca. Se nos cuenta en la Sagrada Escritura de tres caídas de Satanás, el Mal Espíritu. La primera fue en el principio, la segunda cuando el Evangelio y el Reino de los Cielos fueron predicados al mundo, la tercera será al final de todas las cosas. La primera nos es dicha por San Juan el Evangelista. El dice: «Hubo una gran batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles lucharon con el dragón, y el dragón luchó con sus ángeles. Y ellos no prevalecieron, ni fue encontrado su lugar nunca más en el cielo. Y el gran dragón fue arrojado, la serpiente antigua, que es llamada el diablo y Satanás». De la segunda venida en el tiempo del Evangelio, nos habla Nuestro Señor cuando dice: «Vi a Satanás como un rayo caer del cielo». Y la tercera por el mismo San Juan: «Vino desde Dios un fuego que cayó del cielo...y el demonio...fue arrojado en el lago de fuego y azufre». Estas tres caídas -la pasada, la presente y la futura- las tenía en Su mente el Espíritu Malo cuando movió a Judas para que traicionara a Nuestro Señor. Esta fue ciertamente su hora. Nuestro Señor, cuando fue arrestado, dijo a Sus enemigos: «Esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas». Satanás supo que su tiempo era corto y pensó que debía usarlo con buen efecto. Pero soñando un tanto que estaría actuando a causa de la redención del mundo, que estaba realizando la pasión y muerte de Nuestro Señor, en venganza, y como él pensaba, como triunfo, lo golpeó una vez, lo golpeó dos veces, lo golpeó tres veces, cada vez con mayor fuerza. El peso de la Cruz, la barbarie de los soldados y el gentío, fueron sólo sus instrumentos. ¡Oh Jesús!, el Unigénito Hijo de Dios, el Verbo Encarnado, Te alabamos, Te adora-

mos y Te amamos por Tu inefable condescendencia, hasta permitir Tú mismo caer por un tiempo en las manos y bajo el poder del Enemigo de Dios y del hombre, para salvarnos, de este modo, de ser sus siervos y compañeros por toda la eternidad.

O esta otra...

Esta es la peor de las tres caídas. Sus fuerzas le fallaron totalmente por un instante y esto, un momento antes de que los bárbaros soldados puedan llevarle. ¡Oh!, fue Su anticipación de lo que iba a ocurrirme. Voy de mal en peor. El ve el final desde el principio. Estuvo pensando en mí durante todo el tiempo que se arrastraba hasta la cima del Calvario. Vio que yo caería nuevamente a pesar de todos los avisos y auxilios anteriores. Vio que me volvería seguro y confiado en mí mismo y que mi enemigo me acometería luego con alguna nueva tentación, a la que nunca hubiera pensado que estaría expuesto. Pensé que mi debilidad residía sólo en un lado particular que yo conocía. No soñé que no era fuerte en el otro. Y por eso Satanás cayó sobre mi flanco desguarnecido, y tomó lo mejor de mí desde la confianza y satisfacción de mí mismo. Yo estaba falto de humildad. Pensé que ningún daño podría sobrevenirme, que había sobrevivido al peligro de pecar. Pensé que era cosa fácil llegar al cielo, y no estuve vigilando. Era mi orgullo, y por eso caí una tercera vez.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria

V. Misericordia, Señor.

R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

DECIMA ESTACION Jesús es desnudado y empapado con hiel

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Finalmente ha arribado al lugar del sacrificio, ellos comienzan a prepararlo para la Cruz. Sus vestiduras son desgarradas de Su cuerpo ensangrentado, y El, el santo de los Santos, quedó de pie expuesto a las fijas miradas de la multitud ordinaria y burlona. Oh Tú, que en Tu Pasión fuiste desnudado de todas Tus ropas, y levantado ante la curiosidad y la mofa del populacho, desnúdame de mí mismo aquí y ahora, para que en el último día no me avergüence delante de los hombres y de los Angeles. Tú soportaste



la vergüenza en el Calvario para evitarme la vergüenza en el Juicio. Tú no tenías nada de que avergonzarte personalmente y la vergüenza que sentiste fue porque habías tomado la naturaleza del hombre. Cuando Te arrancaron Tus vestimentas, esos inocentes miembros Tuyos no fueron sino objeto de humilde y amorosa adoración para los allísimos Serafines. Ellos permanecieron en derredor en silenciosa veneración, maravillados de Tu belleza, estremecidos de Tu infinito abatimiento. Pero yo, Oh Señor, ¿cómo aparecería si Tú me sostuvieras de aquí en adelante para ser mirado fijamente, desvestido de ese manto de gracia que es Tuyo, y visto en mi propia vida y naturaleza personal? Oh, qué horrible soy en mí mismo, aun en mi mejor estado. Aun cuando soy purificado de mis pecados mortales, cuánta enfermedad y corrupción se ve en mis pecados veniales. ¿Cómo podré ser digno de la sociedad de los Angeles, como de Tu presencia, hasta que Tú quemes esta lepra impura en el fuego del purgatorio?

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V. Misericordia, Señor.

R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

UNDECIMA ESTACION

Jesús es clavado en la Cruz

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.



La Cruz es puesta sobre la tierra y Jesús extendido sobre ella, y luego, ladeándola pesadamente de aquí para allá, después de mucho esfuerzo, con un fuerte sacudón es puesta en el agujero preparado para recibirla. O, como otros piensan, es levantada y Jesús elevado y atado a ella. A medida que los salvajes ejecutores introducen los clavos, El se ofrece al Eterno Padre, como rescate para el mundo. Los golpes son hirientes, la sangre brota. Sí, ellos levantaron en alto la Cruz, y pusieron una escalera contra ella, y habiéndole desnudado de Sus vestiduras, le hicieron subir. Agarrándose débilmente con Sus manos de las barras, Sus pies escalaron lentamente, inseguros, con mucho esfuerzo y resbalándose, sostenido de cada lado por los soldados, o habría caído. Cuando alcanzó la proyección donde Sus sagrados pies debían estar, se dio vuelta con dulce modestia y gentileza hacia el fiero populacho y extendió Sus brazos como si fuera a abrazarlos. Luego puso el dorso de Sus manos apaciblemente contra el madero transversal, esperando a los ejecutores que vinieran a traspasar con sus agudos clavos y

pesados martillos las palmas de Sus manos, y atarlas con seguridad al madero. Allí colgaba El, perplejidad para la multitud, terror de los espíritus del mal, admiración, veneración y aun el gozo y la adoración de los Santos Angeles.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V. Misericordia, Señor.

R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

DUODECIMA ESTACION

Jesús muere en la Cruz

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús estuvo crucificado por tres horas. Durante este tiempo oró por Sus verdugos, le prometió el Paraíso al ladrón penitente y encomendó a Su Bendita Madre al cuidado de San Juan. Luego todo estaba concluido e inclinando Su cabeza entregó Su Espíritu. Lo peor ya pasó. El Santo está muerto y ha partido. El más delicado, el más afectuoso, el más santo de los hijos de los hombres se ha ido. Jesús está muerto, y con Su muerte mi pecado morirá. Declaro de una vez por todas, delante de los hombres y de los Angeles, que el pecado no me dominará jamás. Esta Cuaresma me haré de Dios para siempre. La salvación de mi alma será mi primer negocio. Con la ayuda de Su gracia crearé en mí un profundo odio y dolor de mis pecados pasados. Trataré con fuerza de detestar el pecado, tanto como lo he amado. Me pongo en las manos de Dios, no a medias sino totalmente. Te prometo, Oh Señor, con la ayuda de Tu gracia, mantenerme fuera del camino de la tentación, evitar las ocasiones de pecado, volver enseguida la espalda a la voz del Maligno, ser regular en mis oraciones, para morir al pecado de modo que Tú no hayas muerto por mí en la Cruz en vano.



Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V. Misericordia, Señor.

R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

DECIMOTERCERA ESTACION

Jesús es bajado de la Cruz y yace en el regazo de María.



V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

La multitud se ha ido a casa. El Calvario queda solitario y quieto, excepto por San Juan y las santas mujeres que están allí. Luego viene José de Arimatea y Nicodemo y descuelgan de la Cruz el cuerpo de Jesús y lo ponen en los brazos de María. Oh María, finalmente tienes a tu Hijo. Ahora que Sus enemigos no pueden hacer más, con desprecio, te lo dejan. Cuando Sus inesperados amigos comienzan su difícil trabajo, tú miras con pensamientos inexpresables. Tu corazón es traspasado con la espada de la cual habló Simeón. Oh Madre, llena de dolor. Aunque en tu pena hay un mayor gozo silencioso. El gozo expectante que te animó a estar de pie junto a El cuando pendía de la Cruz. Mucho más ahora, sin desfallecimientos, sin estremecimiento, que Lo recibes en tus brazos y sobre tu seno. Eres ahora sumamente feliz de tenerlo, aunque no viene a tí como se había ido. Se fue de tu hogar. Oh Madre de Dios, en la fuerza y belleza de Su humanidad, y vuelve a tí dislocado, hecho pedazos, magullado, muerto. Pero aun así, Oh Bendita María, tu eres más feliz en esta hora de pesar que en la fiesta de bodas, porque después El te dejaría y ahora en el futuro, como el Salvador Resucitado, no se separará de tí nunca más.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria

V. Misericordia, Señor.

R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

DECIMOCUARTA ESTACION

Jesús es colocado en el sepulcro

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Pero por tres cortos días, por un día y medio, María tuvo que renunciar a El. No ha resucitado aún. Sus amigos y servidores lo toman de ella y lo colocan en una honorable sepultura. La

cierran con seguridad hasta la hora de la resurrección. Reposa y duerme en paz en la calma del sepulcro por un pequeño momento, querido Señor, y luego despierta para el reinado eterno. Nosotros, como las mujeres piadosas, vigilaremos en torno a Ti, porque todo nuestro tesoro, toda nuestra vida, habita contigo. Y cuando llegue nuestro turno de morir, concédenos dulce Señor, que podamos dormir tranquilamente también, el sueño de los justos. Permítenos dormir pacíficamente por el breve intervalo entre la muerte y la resurrección final. Guárdanos del enemigo, sálvanos del abismo. Haz que nuestros amigos nos recuerden y recen por nosotros. Oh amado Señor. Haz que sean celebradas Misas por nosotros de modo que las penas del purgatorio, tan merecidas y por ello tan bienvenidas, puedan pasar sin tardanza. Danos allí momentos de refrigerio, envuélvenos con santos sueños y contemplaciones consoladoras, mientras ganamos fuerzas para ascender a los cielos. Y luego, haz que nuestro fiel Angel Guardián nos ayude a subir la gloriosa escala, que se extiende desde la tierra al cielo, y que Jacob contempló en la visión. Y cuando alcancemos las puertas eternas, permite que se abran ante nosotros con la música de los Angeles; y haz que San Pedro nos reciba, y Nuestra Señora, la gloriosa Reina de los Santos nos abrace y nos lleve a Ti, y a Tu Eterno Padre y Tu Espíritu Santo, Tres Personas, Un Solo Dios, para reinar con Ellos por los siglos de los siglos.



Padre Nuestro, Ave María y Gloria

V. Misericordia, Señor.

R. Misericordia. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

OREMOS

Dios, quien por la preciosa Sangre de Tu Unico Hijo has santificado el Estandarte de la Cruz, concédenos, Te lo pedimos, que quienes nos alegramos en la gloria de la misma Santa Cruz, podamos en todo tiempo y lugar gozar de Su protección, por el mismo Cristo, Nuestro Señor.

Terminar con un Padre Nuestro, Ave María y Gloria, por las intenciones del Sumo Pontífice.

(Meditations and Devotions)

Traducción del P. Fernando M. Cavaller

Las aventuras de la Fe

*"Ellos Le dijeron, somos capaces"
(Mt., 20,22)*



Este Sermón pertenece a los "Plain and Parochial Sermons", colección de ocho volúmenes según la Edición Rivington, que el mismo Newman revisó. Lo predicó el 21 de febrero de 1836 desde el púlpito de St. Mary the Virgin, la capilla de la Universidad de Oxford. Su título original es "The Ventures of Faith". Se ha traducido la palabra "venture" por "aventura", para darle el sentido más etimológico, que conserva mejor en este caso el inglés que el castellano, pero que es aún así más exacto que "riesgo". El sentido etimológico es "ad venturus", es decir, hacia el futuro, tendiendo hacia lo que todavía no se conoce, por no ser presente. Newman trata de mostrar lo que se arriesga o lo que se debe estar dispuesto a aventurar, si de veras se cree.

Estas palabras de los santos Apóstoles Santiago y Juan fueron en respuesta a una muy solemne pregunta dirigida a ellos por el Divino Maestro. Ellos codiciaban, con una noble ambición, aunque todavía no practicada en la altísima sabiduría, no enseñada en la santa verdad, ellos codiciaban sentarse al lado de El en Su Trono de Gloria. Ellos estarían contentos nada menos que con este especial regalo que El Padre ha venido a otorgar a Su Elegido, el cual poco después muere para alcanzarlo para ellos, y que El nos ofrece. Ellos preguntan por el don de la vida eterna; y El en respuesta les dice, no que

ellos van a tenerlo (aunque para ellos estuviera realmente reservado), sino que El les recuerda lo que deben aventurar por él: "¿Podéis beber la copa que yo voy a beber, y ser bautizados con el bautismo con el que yo seré bautizado?" Ellos le respondieron: "Somos capaces". Aquí una gran lección es grabada sobre nosotros, que nuestra obligación como cristianos descansa en esto, en hacer aventuras por la vida eterna sin la absoluta certeza del triunfo.

Éxito y recompensa eterna tendrán quienes perseveren hasta el final. No podemos dudar que las aventuras de todos los siervos de Cristo deben ser devueltas a

ellos en el Último Día con abundancia. Esto es una verdad. El devuelve mucho más de lo que Le damos, y sin fallar. Pero yo estoy hablando de individuos, de nosotros mismos uno por uno.

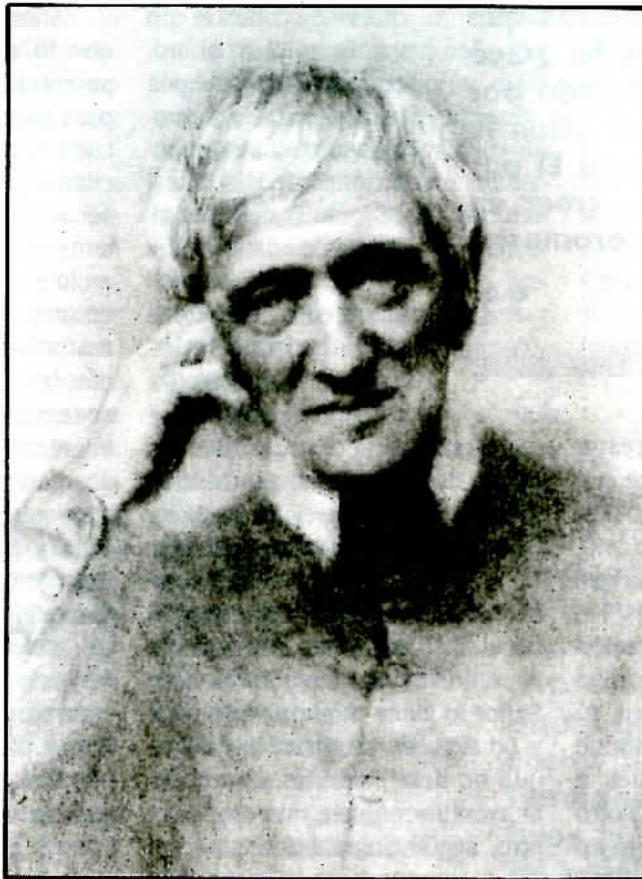
Ninguno de entre nosotros sabe con seguridad que él por sí mismo perseverará; con todo cada uno de entre nosotros, para darse a sí mismo una chance de éxito, debe hacer una aventura. Como observamos pues, es completamente verdadero que todos nosotros debemos con seguridad hacer aventuras por el Cielo, aun sin la certeza del éxito sobre ello. Este, verdaderamente, es el real sentido de la palabra "aventura";

pues sería una extraña aventura la que no tuviera en ella nada de temor, riesgo, peligro, ansiedad e incerteza (duda). Sí, así de ciertos es, y en esto consiste la excelencia y nobleza de la fe; esta es la verdadera razón por la que la fe es única sobre toda otra gracia, y honrada como el especial medio para nuestra justificación, porque su presencia implica que tenemos el corazón para hacer una aventura

San Pablo señaló suficientemente esto antes, en el undécimo capítulo de su carta a los Hebreos, que se abre con una definición de la fe, y después de ésta, nos da ejemplos para precaverse de cualquier posibilidad de error. Después de citar el texto, "el justo vivirá por la fe" y mostrar claramente que él está hablando de lo que trata en su Carta a los Romanos como la justificación por la fe, continúa: "Ahora la fe es la substancia", esto es, el darse cuenta, "de las cosas que se esperan, la evidencia", esto es, el motivo de prueba, "de las cosas que no se ven". Es decir, en su verdadera esencia, el hacer presente lo que no se ve; la acción sobre la

mera señal de ello, como si verdaderamente fuera poseído; el aventurarse sobre ello, el estar ahí presente con tranquilidad, feliz, u otra cosa buena, sobre la chance del futuro. De ahí que en otra Epístola dice categóricamente: "Si

solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más dignos de compasión de todos los hombres" (1 Cor, 15,19) Si la muerte no ha sido abolida, hemos hecho verdaderamente un gran error de cálculo en la elección de nuestra vida, y estamos todos juntos extraviados. Y lo que es verdad de la principal doctrina en sí misma, es



John Henry Newman.
Jane Fortescue, Lady Coleridge

verdad también para cada uno de los interesados en ella. Esto nos lo muestra en su Epístola a los Hebreos, con el ejemplo de los Antiguos Santos, quienes a ese grado arriesgaron su felicidad presente en el cambio por la futura.

Abraham "salió, sin saber a dónde iba". El y el resto murieron "sin haber recibido las promesas, pero habiéndolas visto desde lejos, y estaban persuadidos de ellas, y las abrazaron, y confesaron que eran extranjeros y peregrinos en la tierra". Tal fue la fe de los Patriarcas; y en el texto los jóvenes Apóstoles, con una no enseñada pero generosa simplicidad, tienden

la demanda hacia lo mismo. Como conocían poco lo que ellos decían en su totalidad, así, sus palabras eran mucho más expresivas de sus ocultos corazones, proféticas de su futura conducta. Ellos Le dijeron, "somos capaces". Se empeñan sin pensar, y son tomados por Uno más poderoso que ellos, y, como sucedió, astutamente, hechos cautivos. Pero, en verdad, su insospechado ofrecimiento fue, después de todo, hecho de corazón, pues no sabían lo que prometían, y así fue aceptado. "¿Estáis dispuestos a beber el Cáliz que Yo beberé, y a ser bautizados con Mi Bautismo?" Ellos le dijeron: "Somos capaces". El, en respuesta, sin prometerles el Cielo, bondadosamente les dijo: "Mi copa, si la beberéis, y seréis bautizados con Mi

Bautismo".
Nuestro Señor realiza luego lo mismo sobre San Pedro: El acepta su ofrecimiento de servicio, y le advierte también qué poco ha comprendido. El entusiasta apóstol desea seguir a Su Señor inme-



“
**Sabemos
 lo que es tener un
 riesgo en cualquier
 aventura de este
 mundo. Aventuramos
 nuestras posesiones en
 planes que prometen
 una ganancia; en
 planes en los que
 confiamos, en los que
 tenemos fe. ¿Qué
 hemos aventurado por
 Cristo? ¿Qué le
 hemos dado a El por
 creer en
 Su promesa?**”

”

diatamente, pero El contesta: “Adonde yo voy no puedes seguirme ahora, pero me seguirás después” (Jn. 13,36). En otro momento, El sostiene la promesa que ya le había hecho. El dice: “Tú, sígueme”; y en la misma ocasión lo explica: “En verdad, en verdad os digo, cuando tú eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras” (Juan 21, 18-22).

Tales eran las aventuras hechas por los Apóstoles, en la fe y la incertidumbre. Nuestro Salvador, en un pasaje del Evangelio de San Lucas, precisa para nosotros deliberadamente, la necesidad de hacer algo parecido: “¿Cuál de vosotros, que quiere edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, y ver si tiene para

te del gran sacrificio que debemos hacer. Nosotros renunciamos todo lo nuestro por El; y El reclama esto o aquello, o nos concede algo de esto por un tiempo, de acuerdo con Su voluntad. Por otra parte, el caso del joven rico, que se va entristecido, cuando Nuestro Señor lo invita a que lo deje todo y *Lo siga*, es un ejemplo de uno que *no* tiene fe como para hacer la aventura en este mundo por el otro, según Sus palabras.

Si pues la fe es la esencia de la vida cristiana, y si es lo que yo ahora he descrito, se sigue que nuestra obligación reposa en arriesgar desde la Palabra de Cristo que tenemos, por lo que todavía no tenemos; y hacerlo en un noble y generoso camino, no imprudente o ligeramente, pero sin conocer con exactitud lo que estamos haciendo, y sin conocer tam-

acabarla? No sea que habiendo puesto los cimientos y no pudiendo terminar, todos los que lo vean se pongan a burlarse de él, diciendo: «Este comenzó a edificar y no pudo terminar». ¿O qué rey, no se sienta antes y delibera si con diez mil puede salir al paso del que viene contra él con veinte mil? Y si no, cuando está todavía lejos, envía una embajada para pedir condiciones de paz. Pues, de igual manera, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío” (Lucas 14, 28-33). De este modo nos advier-

poco a lo que renunciamos, ni tampoco lo que ganaremos; inciertos respecto de nuestra recompensa, inciertos acerca del alcance de nuestro sacrificio, inclinados, esperando de El, creyendo en El que completará su promesa, creyendo en El que nos hace capaces de completar nuestros propios compromisos y en todo procediendo sin temor o ansiedad respecto del futuro.

Ahora ya me atrevo a afirmar que lo que he dicho es, según parece, sencillo y nada excepcional para muchos de aquellos que me escuchan; también seguramente cuando proceda a dibujar las consecuencias prácticas que inmediatamente siguen; hay algunos que en lo secreto de su corazón, si no en una abierta confesión, se incomodarán. Los hombres permiten que como ministros de Cristo procedamos en nuestra predicación, mientras nos confinemos a verdades generales, hasta que ven que ellos mismos están implicados en ellas, y que tienen que actuar bajo esas verdades; y entonces rápidamente vienen a resistir; se congregan y retraen y dicen: “Ellos no ven *esto* —o no admiten *aquello*—”, y sin embargo ellos son tan impotentes para decir *porqué* que no pondrían atención sobre lo que ya admitieron, lo que nosotros mostramos estar *obligados* a seguir, aún persisten en decir, que ellos no ven que esto se siga; y buscan alrededor excusas, y dicen que llevamos las cosas demasiado lejos y que somos extravagantes, y que debemos limitarnos y modificar lo que decimos, que no estamos en el tiempo que acontece y cosas semejantes. Esto es lo que ellos pretenden y bien ha sido dicho, “donde hay un podría hay

un camino"; no obstante esto no es verdad, como quiera que la claridad abruma, pero los hombres escapan de ella cerrando los ojos; no hay obediencia, de cualquier modo urgente, pues ellos podrían encontrar diez mil buenas razones sobre esto, en caso de necesidad. Y están seguros al decir que llevamos las cosas demasiado lejos, cuando los llevamos a su propia casa.

Esta triste enfermedad de los hombres que se llaman cristianos, está ejemplificada en lo que diremos. ¿Quién no admite que la fe consiste en aventurarse en las palabras de Cristo sin ver? Aun en despecho de esto, que no es seriamente cuestionado: los hombres en general, aun aquellos de la mejor clase, ¿aventuran cualquier cosa en pos de Su verdad?

Consideremos por un instante. Dejemos que cada uno de los que me escuchan se haga a sí mismo esta pregunta: ¿qué riesgos corre él sobre la verdad de la promesa de Cristo? ¿Podría estar él un poco peor, suponiendo lo que es imposible, pero suponiendo que ella falle? Sabemos lo que es tener un riesgo en cualquier aventura de este mundo. Aventuramos nuestras posesiones en planes que prometen una ganancia; en planes en los que confiamos, en los que tenemos fe. ¿Qué hemos aventurado por Cristo? ¿Qué le hemos dado a El por creer en Su promesa? El Apóstol dijo que él y sus hermanos serían los más miserables de todos los hombres si la muerte no hubiera sido vencida. ¿Podemos nosotros de algún modo aplicarnos esto? Pensamos, tal vez, en el presente, tenemos alguna esperanza del cielo; bueno, esto lo podemos perder, por

supuesto; pero después de todo: ¿cómo podremos estar peor que en nuestra condición *presente*? Un comerciante que ha embarcado bienes en una especulación que falla, no sólo pierde su proyecto de ganancias, sino también algo de sí mismo, que aventuró con la *esperanza* de ganar. Esta es la pregunta: ¿qué hemos aventurado *nosotros*? Yo temo que cuando seamos examinados, se encuentre que no hay nada que resolvamos, nada que hagamos o no hagamos; nada que eludir, nada que cambiar, nada que renunciar, nada que perseguir, si Cristo no ha muerto y el Cielo no nos hubiera sido prometido. Temo que muchos hombres llamados cristianos, a pesar de todo lo que ellos profesan, todo lo que ellos creen y sienten, todo lo cálido, luminoso y amable que ellos reclaman para sí mismos, continúen siempre como lo hacen, ni mucho mejor ni mucho peor, como si creyeran que el cristianismo es una fábula. Cuando jóvenes ellos son indulgentes con sus concupiscencias, o al menos continúan con las vanidades del mundo; cuando pasa el tiempo, entran en el despejado camino de los negocios o el de otros modos de hacer dinero; luego se casan y asientan; y sus intereses coinciden con sus obligaciones, ellos parecen ser y piensan que son, hombres respetables y religiosos, crecen pegados a cosas que son como ellos son; comienzan a tener celo

del vicio y el error; y corren tras la paz con todos los hombres. Esta conducta, cuanto más lejos va, es recta y digna de alabanza. Todo lo que digo, es que ella no tiene nada que hacer con la religión, no hay en ella nada que sea profundidad o presencia de principios religiosos en aquellos que la adoptan; no hay nada que no deban hacer, porque no hay nada que ganar por ello, excepto lo que ganan por su postura ahora; ganan algo ahora, ellos gratifican sus deseos presentes, son tranquilos y ordenados, porque es su interés y gustan de ser así; pero ellos no *aventuran* nada, ellos no arriesgan nada, no sacrifican nada, no abandonan nada por la fe, en la palabra de Cristo.

Por ejemplo: San Bernabé tenía una propiedad en Chipre, él la

“
Repito:
¿cuáles son nuestras aventuras y riesgos fundados en la verdad de Su palabra?, pues El nos ha dicho expresamente: “Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna. Pero muchos de los primeros serán los últimos y los últimos, primeros” (Mateo 19, 29-30).
”



dio por los pobres de Cristo. Aquí hay un claro sacrificio. El hizo algo que no debía hacer, si el Evangelio no fuera verdadero.

Es sencillo si el Evangelio se convierte en una fábula, Dios no lo quiera; pero si lo es, él habría tomado sus palabras torpemente; estaría en un gran error, y hubiera sufrido una pérdida. Sería como un comerciante cuyas arcas estuvieran arruinadas; o cuyos clientes le hubieran fallado. El hombre tiene confianza en el hombre; él cree en el crédito de sus vecinos; pero los cristianos no arriesgan nada sobre la palabra del Salvador, y esa es la única cosa que deben hacer.

Cristo nos dijo, "Yo os digo: Haced amigos con el dinero injusto, para que cuando llegue a faltar, os reciban en las eternas moradas" (Lc. 16,9); por ejemplo: compra intereses en el mundo venidero con las riquezas que este mundo usa torcidamente; alimenta al hambriento, viste al desnudo, cura al enfermo, y se convertirán en «bolsas que no se deterioran, un tesoro en el Cielo que no se corroe» (Lc. 12, 33). Pues las obras de caridad son una *aventura* inteligente, y una evidencia de la fe.

Así el hombre que, cuando sus proyectos en el mundo son buenos, entrega la promesa de riquezas u honores, en orden a estar más cerca de Cristo, para tener un lugar en su Reino, para tener más oportunidades para rezar y alabar a Dios, hace un sacrificio. O aquél que esforzándose por una causa noble para alcanzar la perfección, desiste del deseo de las cosas confortables del mundo, y está como Daniel o San Pablo en muchas labores y trabajos, aún con

un corazón solitario, y hace más aventuras a causa de la certeza sobre el mundo que vendrá.

O aquél que después de caer en pecado, se arrepiente de hecho mucho más que de palabra, pone un yugo sobre sus hombros; se somete a sí mismo a penitencias; es severo con su carne; se niega a sí mismo placeres inocentes; o se expone a la vergüenza pública: ese también muestra que su fe es la realización de cosas que espera, la garantía de lo que no se ve.

O también aquél, que se pone a sí mismo a rezar en contra de aquellas cosas que los más tratan de obtener, y a abrazar aquello por lo que el corazón naturalmente se estremece; aquél que, cuando la voluntad de Dios parece tender hacia algo verdaderamente adverso, aunque lo desprecia, aún prevalece en él, para decir de corazón: "Haré lo que Tu quieras", aunque esto signifique sacrificio.

O aquél que estando tras la búsqueda de riquezas, honestamente pide a Dios no ser rico; o aquél que está en busca de reputación, y encarecidamente reza pidiendo no tenerla; o aquél que tiene amigos o conocidos y consiente con entero corazón su pérdida, y aunque duda, puede decir: "Llévatelos si es Tu voluntad, por Ti los entrego, a Ti te los encomiendo". Y espera ser escuchado; ese arriesga mucho, y es aceptado.

Ese tal es escuchado, a pesar de que tal vez no entiende lo que dice; pero es aceptado y arriesga más. Corazones generosos, como los de Santiago y Juan, o Pedro, siempre hablan largamente y confidencialmente de lo que ellos debían hacer por Cristo, no con

falsedad, aunque sí con ignorancia; y a causa de su sinceridad se les toma la palabra, como un premio, aunque todavía deban aprender cuán serio es esa palabra. "Ellos Le dijeron: «Podemos»; y su promesa está grabada en el Cielo. Este es el caso de todos nosotros en muchas oportunidades. Primero en la Confirmación, cuando prometemos lo que fue prometido por nosotros en el Bautismo, aun sin ser capaces de comprender todo lo que hemos prometido, pero quizás confiando en que Dios gradualmente nos lo revelará, y nos dará la fuerza necesaria para aquel día. Nuevamente aquellos que reciben el Orden Sagrado prometen lo que no conocen, se entregan a sí mismos no saben cuán profundamente, se privan de los caminos del mundo sin saber íntimamente cuánto, encuentran tal vez, que deben cortar por él su mano derecha, sacrificar el deseo de sus ojos, y el agitarse de su corazón por el seguimiento de la Cruz, ya que ellos piensan en su simplicidad, que estaban eligiendo la tranquila vida de "los hombres simples que habitan carpas".

Y así otras veces en muchos caminos, las circunstancias de los tiempos llevan a los hombres a tomar este o aquel sendero, a causa de la religión. Ellos no saben bien a dónde están siendo llevados; no ven el final de su camino; ellos no saben más que esto, que está bien hacer lo que están haciendo, y escuchan un deseo en su corazón, que les asegura que si hacen lo que los dos santos hermanos hicieron, llegará el tiempo en que podrán, con la gracia de Dios, ser iguales a ellos. Aquellos santos Apóstoles dijeron: "Podemos", y en verdad no eran capa-

ces para hacer lo que debían y sufrir como lo dijeron. Santiago recibió fuerza para ser constante hasta la muerte y muerte de martirio; siendo muerto por la espada en Jerusalén. San Juan, su hermano, tuvo todavía mucho que sufrir, fue el último de los Apóstoles en morir, así como Santiago fue el primero. Tuvo que soportar el duelo, primero por su hermano, y luego por los otros Apóstoles. Tuvo que soportar largos años de soledad, exilio y debilidad. Tuvo que experimentar la tristeza de estar solo, cuando aquellos a quienes amaba fueron llamados a partir. Tuvo que vivir en sus propios pensamientos, sin ningún amigo íntimo, sólo con aquellos que estaban alrededor suyo y pertenecían a una nueva generación. De él fueron reclamadas por el Señor, como prenda de su fe, todo lo que su ojo amó y su corazón retuvo de él. El fue como un hombre que lleva sus mercaderías a un país lejano, que con intervalos y en porciones las envía delante de él, hasta que su morada presente queda totalmente desocupada. El envió por delante a sus amigos en su viaje, mientras que él permanecía por detrás, debían estar aquellos en el cielo para que lo tengan en sus pensamientos, para que cuiden de él y lo reciban cuando su Señor lo llame. El envió delante suyo, también, otras prendas voluntarias y

aventuras de su fe, un celoso mantenimiento de la verdad, ayunos y oraciones, labores de amor, una vida virginal, golpes de los paganos, persecuciones y destierro. Bien pudo decir tan gran santo, al final de sus días: "¡Ven, Señor Jesús!", como aquellos que están

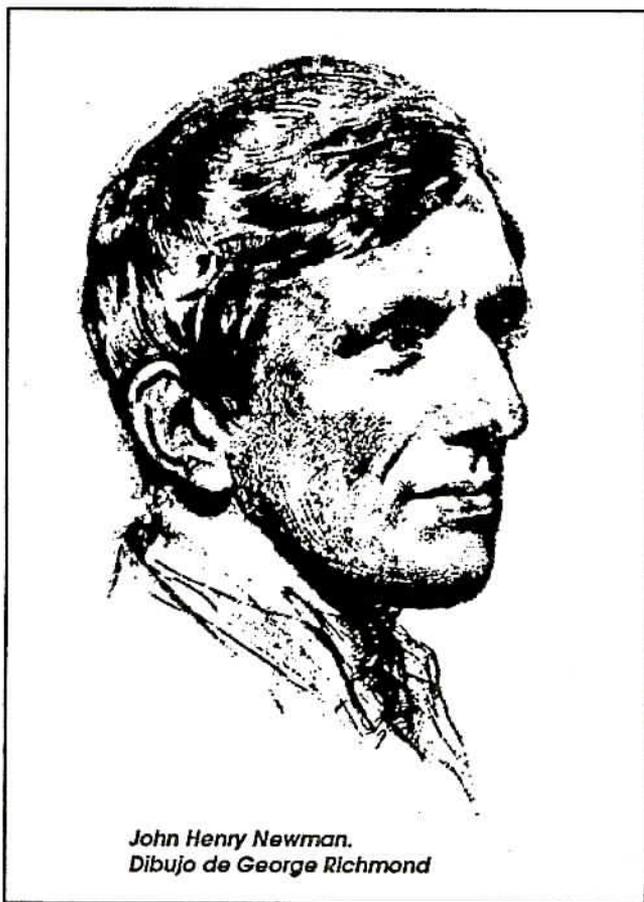
presencia de lo que había perdido: ¡cuántos recuerdos revivirían, y pensamientos familiares, enterados hace ya tiempo! ¿Quién podría describir la beatitud de aquellos que encuentran todos sus sacrificios retomados hacia ellos, todas sus aventuras satisfechas abundantemente y más allá de toda medida?

¡Ay de nosotros!, hermanos, que no tenemos más de este espíritu elevado y sobrenatural! ¿Cómo es que estamos tan contentos con las cosas con las que lo estamos, -que estamos tan deseosos de ser dejados solos, y de gozar de esta vida-, que ponemos tantas excusas, si alguien nos cuestiona sobre la necesidad de algo más elevado, sobre el deber de cargar con la Cruz, si es que queremos merecer la Corona de Nuestro Señor Jesucristo?

Repito: ¿cuáles son nuestras aventuras y riesgos fundados en la verdad de Su palabra?, pues El nos ha dicho expresamente: "Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, her-

manas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna. Pero muchos de los primeros serán los últimos y los últimos, serán los primeros" (Mateo 19, 29-30).

(Traducción
Pbro. Luis Duacastella)



*John Henry Newman.
Dibujo de George Richmond*

cansados en la noche y esperan la mañana. Todos sus pensamientos, todas sus contemplaciones, deseos y esperanzas, estaban depositados en el mundo invisible; y la muerte, cuando vino, le devolvió la visión de lo que había adorado, de lo que había amado, de todo aquello con lo que había tenido trato en los años pasados. Después, cuando nuevamente llegó la

manas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna. Pero muchos de los primeros serán los últimos y los últimos, serán los primeros" (Mateo 19, 29-30).

La "coincidentia oppositorum" en el pensamiento y espiritualidad de John H. Newman

Simposio
Académico y Celebración
del Centenario de la Muerte, en
la Sala Borromini del Oratorio de
San Felice Neri, Chiesa Nuova- Roma,
26-4-90 (traducción del texto
publicado por el International
Centre of
Newman Friends

(Primera parte)

John F. Crosby*

En su ensayo sobre el desarrollo doctrinal, Newman tuvo ocasión de observar: *"Pero a un aspecto de la Revelación no debe permitírsele excluir u obscurecer a otro; y el cristianismo es dogmático, devocional y práctico, todo a la vez, exotérico y esotérico, es indulgente y estricto, es luminoso y oscuro, es amor y es temor"*.

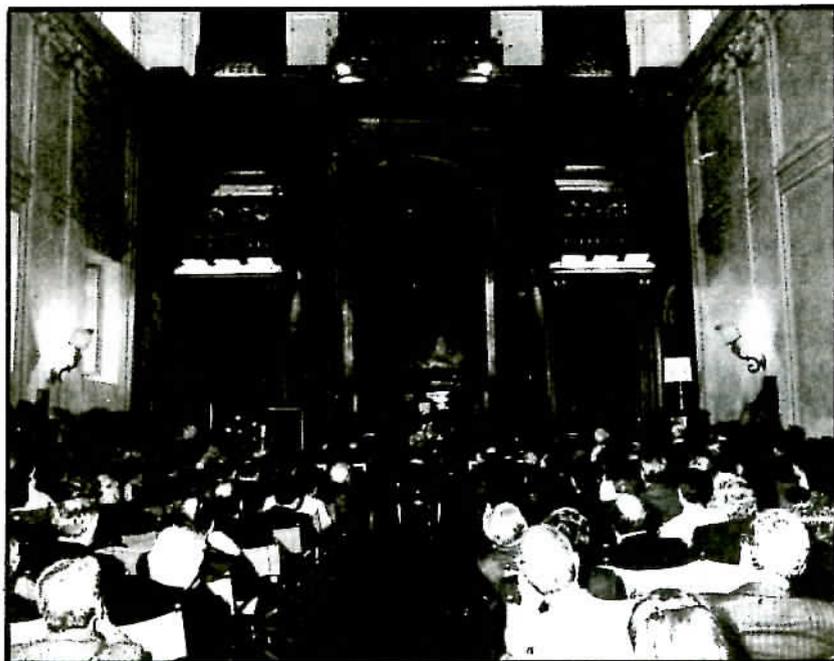
Newman reconoce aquí una cierta "coincidentia oppositorum" o unión de aparentes opuestos en el cristianismo. Más leo y releo a Newman, más encuentro en su pensamiento esa unión de opuestos aparentes. Encuentro que la amplitud, plenitud y misteriosa inagotabilidad de su enseñanza, provienen, por lo menos en parte, de su habilidad para sostener firmemente verdades aparentemente opuestas. Una mente más débil enfrentaría estas verdades una contra otra, y declararía que una de ellas es un error. Pero Newman se distingue por la comprensividad de su pensamiento, o sea por encontrarle lugar a cada una de las verdades aparentemente opuestas, y esto aún cuando él no pueda explicar cómo ellas concuerden.

Esta es la razón por la cual partidarios de alguna escuela o doctrina encuentran difícil aceptar la autoridad de Newman. Hay habitualmente más verdad en Newman que la que ellos pueden abarcar, y no puede a menudo referirse al mismo Newman para mostrar la estrechez de sus posiciones partidistas.

Ahora bien, uno puede hablar en varios sentidos de "coincidentia oppositorum" en un pensa-

dor. Uno puede caracterizar su mentalidad, su carácter intelectual, en términos de una unión de cualidades aparentemente opuestas. Por eso se ha observado que Newman une en sí mismo los modos de pensar masculino y femenino, y de tal modo que tenemos que maravillarnos del hecho de que un pensador con tal poder analítico y dialéctico tenga también tal poder intuitivo, profundidad mística, y tenga también una fuerte relación con la música y con modos no discursivos ni verbales de presentar la verdad del ser. Encontramos aquí una unión de opuestos en su modo de ser intelectual, no distinta de aquella que a menudo se ha señalado en Platón. Tenemos que vémosla, en Newman, con otras de estas uniones de opuestos cuando nos maravillamos del hecho de que el mismo pensador que habla tan personal e intensamente desde su propia experiencia, justamente no hable para sí mismo, sino que tenga una casi misteriosa habilidad para interpretar las esperanzas y temores de sus lectores. Por eso pudo tomar como lema cardenalicio: "Cor ad cor loquitur". Newman habla, primeramente, para sí mismo, pero lo hace de tal manera que es para todo el mundo. Es alguien que habla a la humanidad. En este trabajo nos ocuparemos principalmente, no en la unión de opuestos en la formación de Newman, sino de la unión de verdades aparentemente opuestas en su enseñanza, y de la unión de instancias y actitudes aparentemente

*Prof. John F. Crosby, International Academy of Philosophy, Liechtenstein



Una vista general de la Sala Borromini, en un momento del Simposio.

opuestas en su carácter espiritual e intelectual. Sus modos de reflexión masculina o femenina no son el resultado de una toma de posición: no están basados en alguna convicción o en alguna enseñanza, son simplemente el modo cómo trabaja la mente de Newman. Cómo así refleja sus particulares dones intelectuales no corresponde al marco de este trabajo.

No se debe pensar que Newman tenga una teoría de los opuestos contrarios como la que ofrece Guardini en su estudio *Der Gegensatz*, o que aquí nosotros ofreceremos un estudio crítico de su teoría. Newman, por supuesto, no tiene tal teoría. Es su práctica la que sobre todo nos interesará en lo sucesivo; su modo de mantener en su enseñanza una fecunda tensión entre verdades aparentemente opuestas y también entre instancias aparentemente opuestas de su personalidad.

A veces reflexiona sobre verdades o actitudes opuestas y sobre lo fecundo de su tensión (como veremos), pero este elemento de teoría y reflexión nunca constituye algo parecido a una teoría general de los opuestos. Supongo que va de suyo, que no afirmamos encontrar contradicciones reales en Newman, y menos nos proponemos admirar estas

contradicciones como si fueran un signo de gran estatura intelectual. Las antítesis que encontramos en el pensamiento y en la vida interior de Newman, no son antítesis contradictorias en sentido estricto, aunque a veces puedan tener la apariencia de tales.

Nos proponemos buscar la unión de opuestos en su enseñanza y práctica de la santidad cristiana; y luego su enseñanza sobre la amplitud de mente, sobre el "intelecto imperial". Finalmente, nos referiremos a su enseñanza dogmática y del misterio.

La unión de virtudes opuestas en la santidad cristiana

"La religión tiene como si fuera su propia vida en lo que a los ojos de la razón constituye paradojas y contradicciones. Es aparentemente contradictorio cómo podemos orar por la venida de Cristo, y sin embargo desear tiempo para obrar el término de nuestra salvación y hacer seguras nuestra llamada y elección. También es contradictorio cómo las buenas gentes deseaban la primera venida y no obstante fueran incapaces de tolerarla; cómo los apóstoles temieron y sin embargo se alegraron de la resurrección. Así, es una paradoja que los cristianos deban, en todo, apenarse y no obstante regocijarse, y morir y vivir, y tener nada y sin embargo poseer todo. Estas aparentes contradicciones surgen de querer tener una mente profunda que pueda dominar toda la verdad".

Newman repite y acentúa que es relativamente fácil alcanzar excelencias aisladas, esto es, excelencias que no existen en relaciones de tensión con otras complementarias.

"No es difícil (hablando comparativamente) cultivar virtudes aisladas. Un hombre adopta una visión parcial de su deber, severa o amable, de acción o meditación; entra en ella con todas sus fuerzas, abre el corazón a su influencia, y se deja llevar avanzando en su corriente. Por el contrario, hay una complacencia a menudo en tal andar majestuoso en una dirección... El verdadero cristiano requiere de nosotros reconciliar en nuestra conducta virtudes opuestas".

En otro lugar da ejemplos de la Escritura sobre tales excelencias aisladas:

"Nadie hay que no tenga una buena cualidad; Balaam tenía escrúpulos de transmitir mal el mensaje de Dios; Saúl era valiente; Joab era leal; el profeta de Bethel reverenciaba a los servidores de Dios, y la bruja de Endor era hospitalaria".

Cuando Newman contrasta estos personajes con los santos cristianos, es llevado a hablar de la unión de opuestos aparentes en ellos:

"San Pablo exhibe la unión de celo y gentileza; San Juan, de amor sobreabundante con una estrictez sin compromiso en los principios. Firmeza y dulzura es otra combinación de virtudes ejemplificada en Moisés (aun bajo la primera Alianza). A éstas agrega: autorrespeto y humildad, amor y temor a Dios, y el uso del mundo sin abusar del mismo..."

Newman continúa expresando su pensamiento ya familiar para nosotros:

"Es de verdad comparativamente fácil profesar sólo una vertiente de la excelencia moral, como si la fe debiera ser todo en todo, o el celo, o la amabilidad; donde en verdad la obediencia religiosa constituye un muy intrincado problema, y más cuanto más avanzamos en él."

Por supuesto, Newman no quiere decir que estas virtudes parciales sean realmente virtudes en sentido propio. Dice a menudo que su parcialidad no es más que expresión de las inclinaciones naturales y del temperamento de una persona. Sólo cuando alguien se esfuerza y lucha por todas las virtudes, puede considerarse nacido del Espíritu y sólo entonces hay actos de la persona que pueden ser reputados auténticas virtudes.

Hay otra razón por la que se necesitan las virtudes opuestas: ellas se protegen mutuamente de las distorsiones y exageraciones hacia las que tiende cada una por sí en cuanto se aísla de las demás. Así explica Newman que el temor de Dios, separado o aislado del amor de Dios, degenera en amor servil; y cómo el amor de Dios, una vez aislado del temor de Dios, degenera en una suerte

de familiaridad complaciente en la que Dios es tratado casi como un igual. Pero no debe malentenderse esta mutua protección. Newman no quiere decir que una virtud, apenas se ha puesto en relación con la opuesta, pierda algo de su propia identidad y adquiera algo de la identidad de la otra virtud, como si, por ejemplo, el coraje perdiera algo de su fuerza como resultado de existir en alguien que también es suave. La idea griega de una media entre extremos no sería apropiada si con ella se pretendiera comprender lo que Newman entiende sobre el perfeccionamiento mutuo de las virtudes opuestas. Más bien,

Newman estaría de acuerdo con Chesterton, que en su modo inimitable dijera alguna vez: "El cristianismo defendió siempre los derechos del rojo o del blanco, pero siempre odió el rosado".

El coraje de San Pablo, por ejemplo, se perfecciona como tal como resultado del hecho de que el mismo San Pablo tiene otras virtudes: la amabilidad y la dulzura.

Todo esto en tanto que-remos representar la enseñanza de opuestos en la santidad cristiana. Enfoquemos ahora la santidad de Newman mismo. Encontraremos, en sus intuiciones básicas religiosas, maravillosas uniones de

opuestos. Pongamos sólo algunos ejemplos (llevaría un largo estudio sacar a luz todas las uniones de opuestos de su existencia religiosa).

Encontramos en Newman una unidad de temor de Dios, por una parte, y de alegría y paz en Dios, por otra. Su temor no es servil, no es tampoco miedo a un castigo divino: es un estremecerse religioso frente a Dios. Es el temor que se apoderó de los apóstoles en el monte Tabor. Es el temor que se apoderó del discípulo amado cuando vio a Cristo en su gloria y cayó a sus pies ("tamquam mortuus", como si estuviera muerto) como leemos al principio del Apocalipsis.

Se podría señalar que este temor es una componente de toda adoración, que quien se prostra en adoración está lleno del espíritu de santo temor. Este estremecimiento frente al "tremendum"

Es una paradoja que los cristianos deban, en todo, apenarse y no obstante regocijarse, y morir y vivir, y tener nada y sin embargo poseer todo. Estas aparentes contradicciones surgen de querer tener una mente profunda que pueda dominar toda la verdad

del misterio divino es particularmente intenso en Newman, y ciertamente más fuerte que en otros santos varones y mujeres. Nosotros, cristianos modernos, apenas podemos darnos cuenta de este temor religioso. Sólo podemos concebir un temor de esclavos. Esta incapacidad para entender algo que nuestros antecesores en la fe entendían sin esfuerzo proviene de una falla en comprender la unidad que forman el temor religioso con otras actitudes religiosas complementarias. No hay casi nadie que pueda ayudarnos con más habilidad que Newman a recobrar ese sentido de unidad. Recordemos que su espiritualidad está hondamente caracterizada por una "exaltada alegría por la grandeza y belleza divinas". Pero esto no es más que un aspecto del amor a Dios. Oigamos lo que él mismo dice sobre la doctrina de Dios considerada como el epítome de todas las perfecciones. Esto puede servir como símbolo para una comprensión global de su espiritualidad.

"Yo celebro desde un humilde amor a Ti, desde la complacencia por tu gloria y exaltación, desde mi deseo que Tú seas grande y el único grande, celebro por Ti y porque amo pensar de Ti que eres tan glorioso, perfecto y bello".

El temor de Dios en Newman está balanceado por otra cosa: justamente por su "paz en Dios". Tenía una particular necesidad de paz y sufría por la falta de sosiego de nuestra existencia terrena. Líneas como las siguientes son características.

"Después de la fiebre de la vida, después de las fatigas y enfermedades, de luchas y desalientos, de languidez, impaciencia e irritación, de combatir y fracasar, de combatir y tener éxito, después de todos los cambios y azares de estados enfermizos y de perturbación, al final viene la muerte, el blanco Trono de Dios. Después de la fatiga viene el descanso, la paz, la alegría..."

Newman no sólo anhelaba paz, sino que, por paradójico que pueda parecer, vivió en una, yo diría, majestuosa paz. Siempre percibí algo principesco en la naturaleza espiritual de Newman, que nada tiene que ver con algo rígido o artificial,

sino con una soberana paz, como si nos estuviera hablando desde por encima de todos los cambios y azares de ese estado de enfermiza turbación.

El sufre, en verdad, la inquietud de nuestra existencia, pero refugiado en Dios de modo que ya participa de su paz eterna, y Newman sabe cómo hacemos sentir esta paz que sobrepasa toda comprensión y cómo despertar nuestro anhelo por ella. Así, podemos decir que el temor de Dios no es la única actitud religiosa de Newman, y que está completada por su exaltación y su paz en Dios. Como resultado, su temor queda protegido de la amenaza de degenerar en temor servil,

y su amor y paz quedan protegidos de ser trivializados. Su temor religioso se convierte en un principio que confiere a su amor y paz una profundidad, seriedad, e incondicionalidad que de otro modo hubieran faltado.

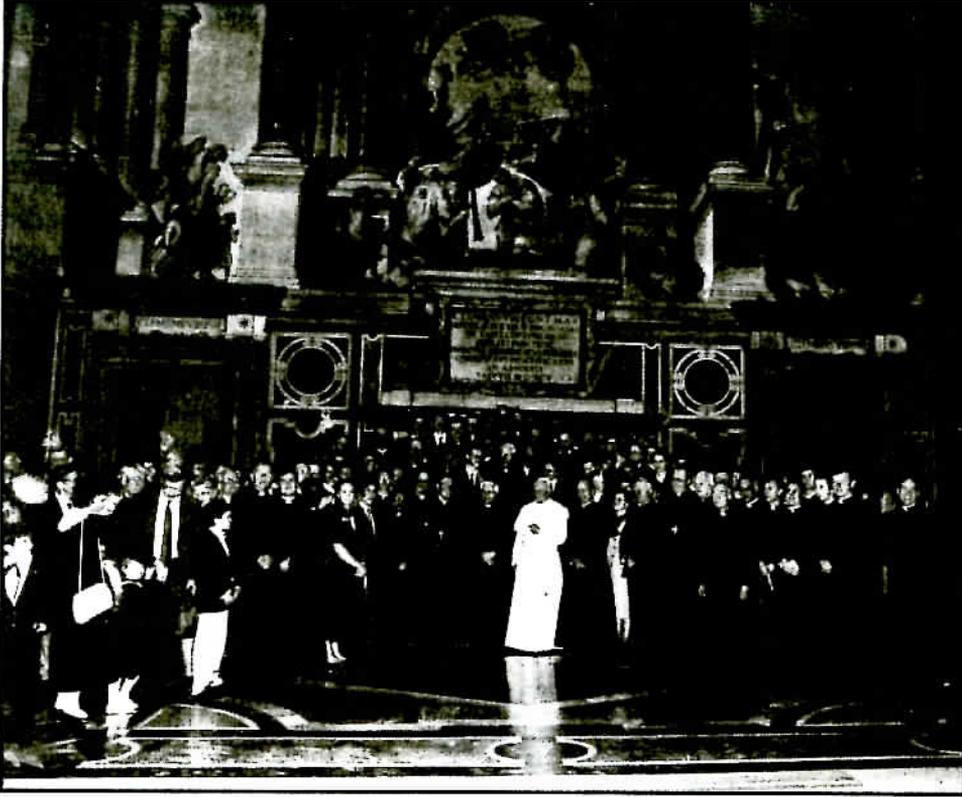
Próxima a esta antítesis en la espiritualidad de Newman se halla la siguiente: él unificaba en sí mismo un ardiente celo por el honor de Dios y por lo que hacía a su Iglesia, con la paciencia y la dulzura.

Rudolph Otto subrayó con razón que el temor de Dios, que primero se refiere a Dios, se convierte en "celo" por el honor de Dios tan

pronto como el hombre religioso tiene que habérselas con los demás. Este celo es característico de Newman. "Es un principio mayor de todo servicio religioso: amar a Dios sobre todas las cosas. Ahora bien, el celo religioso exige estar por sobre todos los hombres, aun los más queridos e íntimos amigos".

En su sermón intitulado: "Celo judío, un ejemplo para cristianos", caracteriza el celo sagrado en palabras que describen bien su propio celo, y que están ellas mismas llenas de celo. Dice que el celo consiste en "una sed intensa por la expansión de la gloria de Dios y un retraerse de la impureza del pecado y de los pecadores; una indignación, una impaciencia por testimoniar su honor insultado, y una vivacidad de sentimientos cuando se menciona Su nombre, y también celos en el cómo es

**Newman
unificaba en
sí mismo un
ardiente celo por
el honor de Dios y
por lo que
hacía a su Iglesia,
con la
paciencia y la
dulzura**



El Papa Juan Pablo II acompañado de los asistentes al Simposio

mencionado... un atento cuidado al reproche o persecución; un olvido total de amigos y conocidos, o mejor aún, un odio (por decir así) a todo lo que naturalmente estimamos cuando él nos dice: «Sígueme»...».

Este celo, tan característico en Newman, es tan difícil de entender para nosotros, cristianos modernos, como el temor de Dios. Primero, nos choca encontrarlo en Newman, como un elemento esencial de su espiritualidad. Pero quizás hallamos un modo de entender su celo religioso si examinamos las actitudes que lo completan.

En Newman encontramos, por ejemplo, una profunda paciencia que se manifiesta en la famosa exhortación de Roma, en ocasión de su elevación al cardenalato. Comienza diciendo que el liberalismo, que él refiere a cierta disolución de la verdad, está extendiéndose a toda la tierra llevando la ruina a muchas almas. Si Newman hubiese sido poseído por lo que San Benito llamaba "un mal celo", hubiera sido amargo y violento y hubiera llamado a una cruzada contra el liberalismo. En lugar de ello, Newman habla de la fe en la Providencia que supera al mundo y dice que el cristianismo a menudo estuvo en peligro mortal y que siempre Dios intervino para salvar a su gente. Él es capaz de salvar a su pueblo aún del nuevo peligro que constituye el liberalismo y

aun cuando no podamos imaginarnos cómo será su intervención. Mientras tanto, dice, debemos permanecer calmos y realizar con fidelidad nuestras obligaciones cotidianas. Ahora bien: este no es el lenguaje de un fanático. El celo de Newman se completa y purifica con su paciencia y serenidad de espíritu.

Su celo está radicado no sólo en su confianza en la Provi-

dencia y la paz en Dios. Está también enraizado en su profunda sensibilidad para el misterioso ritmo del tiempo. Tenía una honda reverencia por los ritmos de crecimiento y florecimiento; y sabía que las cosas, aun buenas en sí mismas, no son posibles en cualquier momento, que no es posible realizar algo cuya hora aún no ha llegado, pues llevaría a actuar con violencia.

Sea que interprete la historia de la Iglesia, dirija espiritualmente las almas, o tome decisiones en su propia vida, siempre nos topamos con esa casi inspirada habilidad para discernir si un momento es tiempo de apenarse o es tiempo de regocijo, si es tiempo para hacer la guerra o para hacer la paz. Este sentido para el misterio de los tiempos protegió su celo e impidió que degenerara en algún modo de "mal celo".

No sólo su paciencia balanceó y dio forma a su celo sino que su celo balanceó y dio forma a su paciencia, que de otro modo lo hubiera convertido en débil y demasiado complaciente. Aun el amor al prójimo requiere celo para su perfección. Sin celo el amor se hace "inofensivo, trivial y reducido a una lánguida benevolencia sin sentido" (una expresión de Newman que no tiene desperdicio).

(continuará)

(Traducción de Enrique Cassagne)

REVERENCE

*I bow at Jesu's name, for 'tis the Sign
of awful mercy towards a guilty line.
Of shameful ancestry, in birth defiled,
And upwards from a child
Full of unlovely thoughts and rebel aims
And scron of judgment-flames,
How without fear can I behold my Life,
The Just assailing sin, and death-stained in the
strife?*

*And so, albeit His woe is our release,
Thought of tha woe aye dims our earthly peace;
The Life is hidden in a Fount of Blood!
And this is tidings good
For souls, who, pierced that they have caused that
woe
Are fain to shaare it too:
But for the many, clinging, to their lot
Of wordly ease and sloth, 'tis written "Touch me not".*

*Off Monte Pellegrino
June 14, 1833*

VENERACION

*Ante el nombre de Jesús yo me inclino,
pues de misericordia venerable
hacia un linaje de culpables
es el Signo.
Yo, de alcurnia vergonzosa, sucio al nacer, y
desde niño
lleno de feos pensamientos y rebeldes objetivos,
desdeñoso de las llamas del juicio,
¿cómo sin temor podría
contemplar a mi Vida,
al Justo que al pecado acomete
y en la lucha es mancillado por la muerte?*

*Y así, por más que su dolor es nuestro alivio,
pensemos que ese dolor empaña siempre
nuestra terrestre paz: ¡la Vida
en una Fuente de Sangre está escondida!
Y esto es buena noticia
para almas compungidas
de haber causado ese martirio
y dispuestas también a compartirlo.
Mas para muchos, que se aferran a su lote
de reposo e incuria mundanales, está escrito:
"No me toques".*

Como su título lo indica, se trata de un poema de veneración: el autor contempla y adora a Cristo en la Cruz. Dos textos bíblicos de la liturgia del Viernes Santo, apenas aludidos, dan lugar a una meditación en dos estrofas que articulan su lírica.

El primer texto es Filipenses, 2, 6-11: "Cristo, a pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios...; se abajó, obediente hasta la muerte, y muerte en Cruz. Por eso Dios lo encumbró sobre todo, dándole el nombre que sobrepasa todo nombre: de modo que a ese nombre de Jesús toda rodilla se doble...". ¡Jesús es el "Salvador"! Pero al poeta no le interesa hacer una exégesis sino hacer sencillamente lo que el texto le indica. Al inclinarse de corazón ante el nombre de Jesús, queda abismado por la divina misericordia al experimentar entrañablemente su radical condición de pecador. Toca estos dos extremos, los ahonda y se deja invadir por los sentimientos que suscitan. Tras una primera alegría por la misericordia de Dios, un temor brota naturalmente de su personal "mea culpa", sobre todo al contemplar la Pasión del Justo que le restituye la Vida.

En la segunda estrofa, esta conmoción de la que quiere hacemos participar, alude a Isaías: "El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores.... El fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus heridas nos curaron" (Is. 53,4-5). Hace hincapié en esto último, no para tranquilizarnos sino para que nos duela, para sacudimos. Así, nos muestra lo que revela la Crucifixión: "¡La Vida en una Fuente de Sangre está escondida!". Sólo después de tomar conciencia de lo que esto significa podremos alegrarnos. Sólo a quien le duela el dolor del Calvario y participe de él en su vida, podrá afirmarse en la buena noticia de la Resurrección. A esto se refiere con el "Noli me tangere" dirigido a la Magdalena, pero que El aplica a aquellos que no quieren saber de la Cruz.

Este poema fue escrito dos días antes de su famoso "The Pillar of Cloud". Al terminar su peregrinación a los lugares donde primero floreció el cristianismo, el joven Newman sale de Italia para regresar a su patria y comienza a reflexionar sobre la lucha a que le llevará la afirmación de su fe. Prevé un enfrentamiento, que aquí describe al final, entre los que adhieren al mensaje completo, el que incluye la Cruz, y los que más bien, buscando acomodarse al mundo, la rechazan.

Traducción y comentario de Inés de Cassagne.

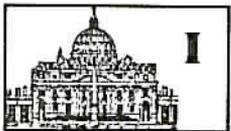
Newman y el Papa



La cuestión del papado estuvo siempre en la mente de Newman desde sus años anglicanos. Es obvio decir que lo ha estado asimismo en la de cualquier anglicano. El primado del Papa fue siempre la piedra de tropiezo desde el siglo XVI. La meditación de Newman llegó a su fin como anglicano en la obra escrita durante sus últimos meses en Littlemore, antes de su conversión, sobre el «Desarrollo de la doctrina cristiana» (1845). En este estudio admirable, en el que despliega vastos conocimientos teológicos e históricos, Newman reconoce el primado de Roma. Pero ya como católico va a

tener una segunda oportunidad de referirse al tema con motivo de la preparación del Concilio Vaticano I (1870), y luego después de la solemne *definición* que este Concilio hizo sobre la *infallibilidad papal*. En el primer caso fue un estudio personal que lo confirmó en sus pasos hacia Roma. En el segundo, tuvo que salir a defender el dogma definido contra una verdadera oleada de protestas en el ámbito de Inglaterra, encabezadas por el ministro liberal Gladstone, quien pretendía sostener que la infalibilidad papal se extendía hasta el dominio político como tal y no sólo a materias de fe y costumbres. De esta forma, se oponía a la soberanía del Estado y comprometía la fidelidad de sus súbditos y sus conciencias.

Por otro lado, existía un partido «ultra» (así llamado por el mismo Newman) que quería extender la infalibilidad a estos límites, entre ellos el mismo Manning y Ward. Esto hay que tenerlo en cuenta cuando se leen textos o cartas que Newman escribió en esta época tan difícil. Aquí , como en muchas otras cosas, admira ver el equilibrio, la sensatez y prudencia de este gran hombre de la Iglesia. Transcribimos una selección del tratado de 1845, y dos cartas posteriores a 1870.



I «Contamos con la sucesión apostólica (dice el anglicano), disponemos de una formula regular de consagración; por eso tenemos la incomparable bendición de la presencia real. Pero me pregunto: «¿Quién nos ha hablado de la presencia real?». Y contesto por vosotros: " Lo he aprendido de los Padres de la Iglesia. Creo en la presencia real porque ellos lo atestiguan". Empero los mismos Padres de la Iglesia ¿no se han presentado como testigos de otra doctrina que vosotros (los anglicanos) desaprobáis? ¿No os comportáis como un hipócrita escuchándoos cuando queréis, y ha-

ciéndoos el sordo cuando no queréis oírlos? ¿Cómo pretendes seguir el mismo destino que los santos, cuando sólo caminas a medias con ellos? ¿Pues de qué doctrina hablan más frecuentemente, de la presencia real en la Eucaristía, o de la supremacía del Papa? Aceptáis la evidencia menos palpable y rechazáis la más esplendente...

Con tales argumentos (que Pusey toma de los testimonios de los primeros cristianos a propósito de la eucaristía), los testimonios ante-nicenos (antes del 325) que se pueden citar en favor de la Santa Sede, no temen la comparación. Pueden parecer muy débiles, vistos separadamente, pero se cuentan por lo menos diecisiete; son variados y están

entresacados de numerosas épocas y países; sirven también para esclarecerse unos a otros, y el conjunto constituye una prueba. Cualesquiera que sean las objeciones que se puedan formular sobre tal o cual punto, y no creo que sean muy sólidas, estimo, sin embargo, que su acumulación es un argumento en favor de la autoridad ecuménica y doctrinal de Roma, un argumento más fuerte que todos los que se pueden colegir en la misma época en favor de la presencia real...

Además, la resistencia opuesta a la Iglesia de Roma por San Cipriano y Firmiliano, a propósito del bautismo administrado por los herejes, podrá hacerse valer como argumento contra su autoridad primitiva, como también la resistencia de Polícrates de Efeso. Pero examinemos, en primer lugar, si no es cierto que toda autoridad arrastra consigo, necesariamente, una posición de resistencia; veamos, luego, si la doctrina personal de San Cipriano, favorable a Roma, no pesa más que su actuación cuando se le opuso; en tercer lugar, si no incurrió ya en error a propósito del tema principal de la discusión, así como Firmiliano; veamos en fin (y aquí está el punto esencial), si no podemos, de la misma manera, presentar una objeción contra la presencia real, basándonos en las palabras de Tertuliano que explica: «Este es mi cuerpo» por «una imagen de mi cuerpo», y las de Orígenes que dice: «Bebemos la sangre de Cristo no solamente en el rito del Sacramento, sino también cuando recibimos en nosotros sus palabras».

Algunos argumentos probables nos han demostrado, pues, ser cosa muy natural que el cristianismo fuera progresando con el paso del tiempo y que debíamos esperar constatarlos... Si esto es verdad es absolutamente necesario que haya una regla que permita disponer y verificar las expresiones y los diversos efectos de la doctrina cristiana... Y se dispondrá de razones suficientes para concluir que, en la medida en que son probables en el plano divino los desarrollos verdícos de la doctrina y de las costumbres, es probable también que en este plano haya sido designada una autoridad exterior al objeto de tomar decisiones por su cuenta, preservándoles así de la multitud de especulaciones, de extravagancias, corrupciones y errores puramente humanos entre los cuales crecen. Tal es la doctrina de la infalibilidad de la Iglesia. Pues me supongo que se entiende por infalibilidad la facultad de decidir si son verdaderas tal afirmación

teológica o moral, luego otra, después una tercera, más tarde otra más...

Además es necesario recordar que, como lo esencial de toda religión es la autoridad y la obediencia, así la distinción entre religión natural y religión revelada descansa en el hecho de que una posee una autoridad subjetiva y la otra una autoridad objetiva. La revelación consiste en la manifestación del poder divino invisible, o en la sustitución de la voz de un legislador por la voz de la conciencia. La supremacía de la conciencia es la esencia de la religión natural. La supremacía de un apóstol, de un papa, de una Iglesia o de un obispo, es la esencia de la religión revelada.

Y si la existencia de un árbitro, que tenga el derecho de zanjar infaliblemente las disputas religiosas, tiene una importancia tan grande y apreciada en todas las épocas del mundo, con mayor razón lo es en tiempos como el nuestro, en que la inteligencia humana se muestra tan activa, tan inquieta y tan fecunda y las opiniones tan diversas... Si el cristianismo es una religión social, y ciertamente lo es, si está basado sobre ciertas ideas reconocidas como divinas o sobre una fórmula de fe, y eso podemos suponerlo aquí, si estas ideas presentan aspectos variados, causan sobre los diferentes espíritus impresiones opuestas, y por consiguiente vienen a parar en una multitud de descubrimientos verdaderos o falsos, mezclados y con verdades y errores, ¿quién le poder sería capaz de apreciar las pretensiones contradictorias y decidir entre ellas, de no ser una autoridad suprema que domine y someta a la unidad los juicios individuales, en virtud de un derecho divino y de una autoridad reconocida por todos?... En un siglo en que la razón, según se dice, es la norma del derecho y de la verdad, es evidentísimo, para cualquiera que tenga la más mínima experiencia del mundo, que si las cosas se abandonan a sí mismas, cada individuo tiene su forma peculiar de verlas, y se comportara en consecuencia. Dos o tres personas que hoy están de acuerdo, mañana estarán divididas... Leerán en la Escritura cosas contradictorias. La historia... la filosofía, el gusto, los prejuicios, las pasiones, nada se someterá a una medida común, a menos que un poder supremo controle los espíritus e imponga el acuerdo...

Es cierto que San Ignacio de Antioquía guardó silencio, en sus escritos, en torno a la autoridad del Papa. Pero si de hecho esta autoridad no podía

traducirse en una operación activa, sería menos difícil explicar este silencio, que el de Séneca o Plutarco sobre el cristianismo mismo, o el de Luciano acerca del pueblo romano. San Ignacio exponía su doctrina según sus necesidades. Mientras los apóstoles estuvieron en la tierra, no hubo manifestaciones de poder ni del Papa ni de los obispos, ya que éste era ejercido por los apóstoles. Con el transcurrir de los siglos se manifestó, primeramente el poder del obispo, después el del Papa...

Las prerrogativas de San Pedro debían quedar sobre el papel, hasta que la confusión de las cuestiones eclesiásticas obligó precisarlas. Mientras los cristianos tenían «un corazón y un alma sola» (Hech 4,32) pudieron permanecer detenidas. El amor dispensa de las leyes. Los cristianos sabían que debían vivir en la unidad, y estaban unidos. ¿En qué consistía esta unidad, hasta dónde podían llegar a tensarla (como un arco), y en qué momento se rompería? Era ésta una pregunta impertinente e inoportuna. Parientes próximos viven a menudo juntos con perfecta ignorancia de sus derechos y de sus bienes respectivos, hasta que el padre o el marido muere; ocurre entonces que, sin quererlo, sus intereses son opuestos y se encuentran sobre caminos distintos, y no se atreven a hacer nada, sin el consejo de los abogados... Para San Ignacio, evocar la autoridad del Papa para una cuestión que se refiere a los obispos, hubiera sido tan grave como enviar un ejército para detener un ladrón...

Además, durante el largo tiempo que duraron las persecuciones, no era posible afirmar unos vínculos internacionales y una autoridad común, incluso si de siempre hubieran sido con gran certidumbre. Si el poder imperial obstaculizó el desarrollo de los concilios, contribuyó también a perjudicar el desenvolvimiento del papado. Los artículos de fe y el canon (de las Escrituras), permanecieron del mismo modo indeterminados. Los artículos de fe, el canon, el papado, el concilio ecuménico, todo ello comenzó a definirse cuando el Imperio aflojó su opresión tiránica sobre la Iglesia. . . El estado de la Iglesia primitiva, dice Barrow, apenas admitía una soberanía universal, ya que (esta Iglesia) se componía de pequeños grupos sin coherencia posible entre sí, dispersos en regiones extremadamente alejadas y poco aptas, en consecuencia, para ser integradas en una única sociedad política, o ser gobernadas por un solo jefe, sobre todo si se tiene en cuenta su estado de persecución y pobre-

za. ¿Qué centro práctico de gobierno y de justicia hubieran podido tener en Roma aquellos raros cristianos desafortunados de Egipto, de Etiopía, de Persia, de la India, de Mesopotamia, de Siria, de Armenia, de Capadocia y de cualquier otra parte?

Una realización parcial, o al menos señales de lo que debía suceder, las hubo ciertamente desde las primeras generaciones. Estas señales tomadas separadamente, son muy indistintas, pero al menos son variadas, y distribuidas entre escritores de todas las épocas y países. Se complementan unas con otras y forman un conjunto probatorio.

Así, San Clemente (hacia el 97), escribió a los corintios en nombre de la Iglesia de Roma, cuando estos carecían de obispo. San Ignacio de Antioquía (hacia el 107) se dirige a la Iglesia de Roma, con diferencia a las otras Iglesias, como « la Iglesia que ocupa el primer puesto, en las otras Iglesias, como « la Iglesia que ocupa el primer puesto, en la Ciudad de los Romanos » . . . San Policarpo de Esmirna recurre al obispo de Roma a propósito de la cuestión de Pascua. El herético Marción, excomulgado en el Ponto, recurre a Roma. Soterio, obispo de Roma, envía limosnas según la costumbre de su Iglesia, a todas las Iglesias del Imperio. San Víctor, obispo de Roma, amenaza con la excomunión a las Iglesias de Asia. San Ignacio habla de Roma como de « la Iglesia más importante, la más antigua, la más notable, fundada y establecida por Pedro y Pablo ». Se refiere a sus tradiciones, no precisamente oponiéndolas a las de otras Iglesias, pero sí con preferencia a ellas, y declara que : « Todas las Iglesias fieles deben recurrir a esta Iglesia », o « deben estar de acuerdo con ella, 'propter potiorum principallitatem' (Adversus haereses III, 3, 3) . . . La verificación de los motivos, que desde el principio se han impuesto a nuestras concepciones, se presenta bajo dos aspectos : la "probabilidad anterior" de un papado, y el estado real de la Iglesia "post-nicena". El primero de estos motivos ya ha sido estudiado. Trata sobre la absoluta necesidad de un poder monárquico en la Iglesia, en él nos basamos para suponer la existencia de este poder. Un grupo político no puede existir sin gobierno, y cuanto mayor sea este grupo, más fuerte debe ser el gobierno. Si el conjunto de la cristiandad debe formar un reino único, le es indispensable un jefe. Por lo menos, esta es la experiencia de 1800 años. A medida que la Iglesia crecía y tomaba forma, el poder del Papa se desarrollaba. Y en todas partes

donde se ha rehusado admitir su autoridad, han sobrevenido la ruina y la división. No conocemos otro medio de preservar el «sacramentum unitatis» sino disponiendo de un centro para esta unidad. Los nestorianos tuvieron su «Catholicos», los luteranos de Prusia su «Superintendente General», los «independientes» creo que tuvieron un inspector en sus misiones. Y la Iglesia anglicana ofrece una notable ilustración de esta doctrina...Es preciso que sea así: ninguna Iglesia puede pasarse sin su Papa. Tenemos ante nuestros ojos el proceso de centralización, según el cual la cátedra de san Pedro viene a ser la cabeza soberana de la cristiandad. Si tal es la naturaleza de la cuestión, es imposible, si podemos hablar así sin faltar al respeto, que la sabiduría infinita, que ve el fin desde el principio, al decretar la institución de un imperio universal, no hubiera decretado el advenimiento de un jefe soberano...

Por otra parte, como complemento de estas anticipaciones, encontramos ciertas declaraciones de la Escritura, más o menos oscuras y que necesitan un comentario, de las cuales pretende la Santa Sede tener en sí misma el cumplimiento. Tales son las palabras: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos» (Mt 16, 18) Y también: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas» (Jn 21, 16). Y: «Satanás os busca para zarandearos como trigo, pero yo he rogado por tí para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22,31). Obsérvese, además, que una promesa parecida le fue hecha a Judá por el patriarca Jacob: «El cetro no será quitado de Judá, ni de su posteridad el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y éste será la esperanza de las naciones» (Gén 49, 10). Sin embargo, esta profecía fue hecha ochocientos años antes de cumplirse, y durante este largo periodo no oímos decir más que muy poca cosa, o nada, de la tribu descendiente de él.

Del mismo modo, «sobre esta piedra edificaré mi Iglesia», «yo te daré las llaves», «apacienta mis corderos», no son solamente preceptos, sino también profecías y promesas, promesas que debían cumplirse por quien las hizo, profecías que debían interpretarse por los acontecimientos, por la historia, sobre todo de los siglos IV y V, aunque hubiesen tenido un principio de cumplimiento en el período

anterior, y tuvieran un mayor desarrollo aún en la Edad Media.

(An Essay on the Development of Christian Doctrine - 1845 pp. 23-26, 75, 77-79, 86, 89-90, 149-153, ~57 1-4-56)



Mi querido padre Jacinto (*): Me alegra tener noticias tuyas y recibir sus cartas. Me apena profundamente que se haya separado del único verdadero rebaño de Cristo, y todavía más al ver, según su carta, que se halla en plena soledad.

Bien sé hasta qué punto sus motivos son generosos, y qué provocación ha representado para usted, como para los demás, los acontecimientos religiosos sucedidos a nuestro alrededor. Pero nada de lo ocurrido puede justificar la separación de la única Iglesia.

Hay una fábula de uno de nuestros poetas ingleses cuya moraleja dice así: " Reflexiona antes de tomar una medida peligrosa:

El día mas sombrío pasará si esperas hasta la mañana siguiente".

Seamos pacientes. Es probable que el cambio de las cosas no se produzca en nuestro tiempo, pero tarde o temprano vendrá, seguramente, una enérgica y ruda "reacción" (némesis) contra los actos de violencia que nos afligen en la actualidad. La Iglesia es la madre de los grandes y de los pequeños, de los que dirigen y de los que obedecen. «Securus judicat orbis terrarum» (El universo, es decir, el conjunto de la Iglesia, juzga con certeza). Si declara por bocas diversas que el Papa es infalible sobre ciertos asuntos, es realmente infalible sobre aquellos. Lo que dicen los obispos y el pueblo de todo el mundo es la verdad, a despecho de las quejas que podamos elevar contra algunos procederes eclesiásticos. No nos alcemos contra la voz del universo. ¡ Que Dios le guarde y le bendiga!

(carta al P.Loyson, 24 de noviembre de 1870. Ward, II, p 375)

(*) El padre Jacinto (Carlos Loyson, 1827-1912), predicador de Notre-Dame de París, no aceptó la definición de la infalibilidad papal y abandonó la Iglesia.



A propósito de su primera cuestión, podría decir que la palabra «infalibilidad» no ha sido nunca atribuida a la Iglesia en ningún documento au-

torizado, antes del Concilio Vaticano. Con frecuencia se ha hecho valer como una objeción (y creo haberlo publicado yo mismo en otro tiempo), que la infalibilidad de la Iglesia no era un artículo «de fide». Y sin embargo, desde sus orígenes, la Iglesia se ha comportado como infalible, y como infalible ha sido reconocida. Lo que he dicho de la Iglesia puede decirse también del Papa. La expresión más exacta de esta doctrina es, no que sea infalible, sino que sus decisiones son «irreformabilia» (irrevocables) y verdaderas. De modo que la pregunta no se establecería para los cristianos de forma concreta: «¿Es infalible? ¿En qué? Y, ¿hasta dónde?», ya que todos sentían que lo que el Papa decía era «la voz de la Iglesia», «puesto que hablaba para la Iglesia» y que «la Iglesia hablaba por él», y lo que decía la Iglesia era la verdad. Por consiguiente, sus palabras, se tomaban (para emplear una expresión usual) «por palabras del Evangelio», y así lo entendía él mismo. . . El Papa decía: «Yo sé que tal cosa es así, y mi deber es decirlo a la grey de Cristo», «sin analizar», si se trataba de una certidumbre moral, de una inspiración, de una infalibilidad formal y limitada. O aun de cualquier otro medio posible de determinar el carácter absoluto o irrevocable de sus afirmaciones . . .

Pero se puede decir todavía que la Iglesia ha obrado como infalible desde sus principios, a saber, en los concilios, etc. El Papa ha obrado siempre con la Iglesia, algunas veces antes de la jerarquía, *otras después de ella*, algunas veces al mismo tiempo. Siempre ha declarado que el Papa no es solamente el jefe instrumental, o ministerial de la Iglesia.

Siempre ha hablado como si fuera la voz de la Iglesia. El Concilio Vaticano ha declarado que el Papa no es solamente el jefe instrumental, o ministerial de la Iglesia, o su portavoz, que el no tiene únicamente el derecho a veto, que no es solamente un personaje que coopera en las decisiones «de fide»,

sino que en él esta la raíz de todo, que su decisión, incluso independientemente de los obispos, es un «Evangelio».

Anteriormente al Concilio Vaticano, los galicanos mismos admitían que el Papa era infalible, a condición de que los obispos aceptaran sus decisiones...De modo que refuto las siguientes palabras de vuestro corresponsal: «(El Papa) no podía, en el siglo VII, tener realmente la intención de ejercer la autoridad infalible que fue definida en el siglo XIX». Pues, sí podía; y eso tanto si carecía de ideas claras como cosa admitida, o esperara tácitamente, o incluso, «estuviera cierto» de la aprobación general de todos los obispos del mundo como condición de la infalibilidad de su acto.

En un nivel más alto debo decir que los Papas han sido conscientes de su propia infalibilidad, mucho antes del Concilio Vaticano, y que desde el principio, como vemos en la historia de San Víctor, San Esteban, San Dionisio en los tiempos antenicanos, actuaron como si su palabra fuera ley, sin hacer bellas distinciones....El papa ha sido desde los orígenes, y la historia es bastante precisa para demostrarlo, el principio y el fin; ha dicho la primera y la última palabra en todas las definiciones. Ya me comprendéis; expongo mi opinión sin querer con ello fijar mi atención en las objeciones o en afirmaciones contrarias...

(carta a la Srta.Froude. 29 de abril de 1875.
Ward, II, p 562)

ORACION

*Señor y Salvador mío,
ampárame en aquella hora
con los fuertes brazos de Tus sacramentos.
Que las palabras de la absolución sean pronunciadas sobre mí,
el óleo santo me signe y me selle,
y Tu Sagrado Cuerpo sea mi alimento.
Que reciba el don de la perseverancia,
y muera tal como deseo vivir:
en Tu fe, en Tu Iglesia,
a Tu servicio y en Tu amor. Amén*

“ Después de Su Resurrección,
Cristo se mostró abiertamente
no a todo el pueblo, sino a testigos
escogidos ante Dios. Esta es,
de hecho, la característica general
del curso de Su Providencia:
escoger unos pocos como canales
de Sus bendiciones
para la multitud...

”

Cardenal Newman